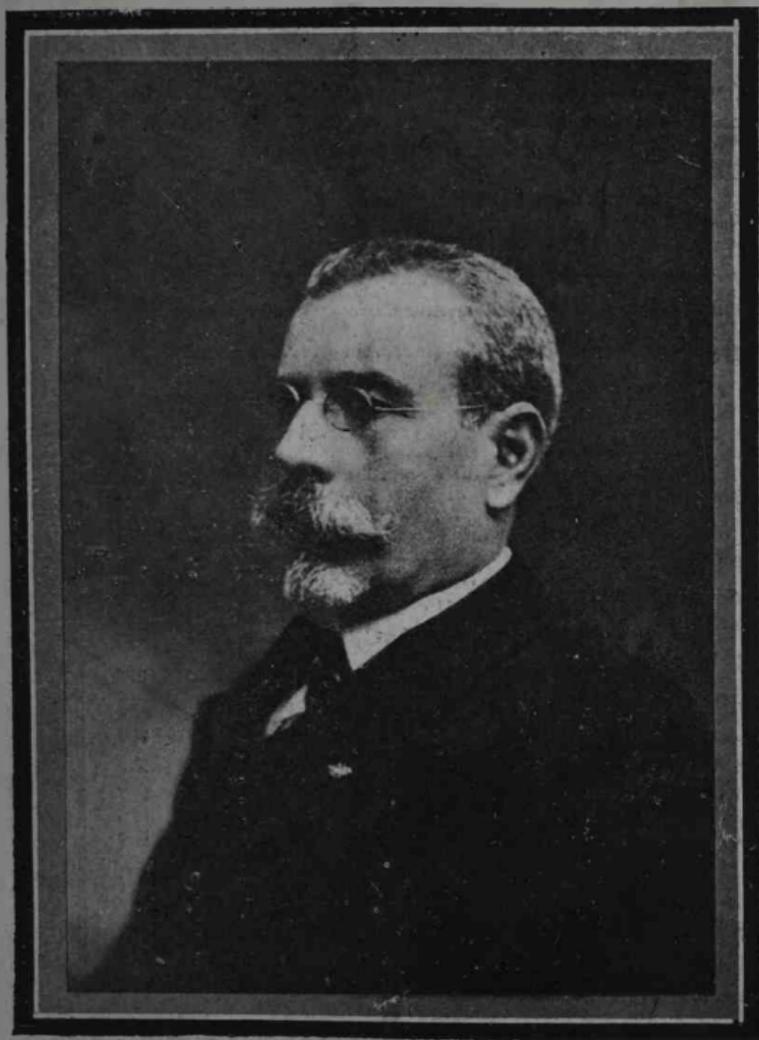


HUMANIDAD NUEVA

SOCIOLOGÍA - ARTE - EDUCACIÓN

PUBLICACIÓN DEL ATENEO POPULAR

NÚMERO HOMENAJE
Á LA MEMORIA DEL DR. AGUSTIN ALVÁREZ



AGUSTIN ALVAREZ

Pensador y educador argentino

DIRECTORA: ALICIA MOREAU

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: TALCAHUANO 417 (2º PISO) :: BUENOS AIRES

"HUMANIDAD NUEVA"

REVISTA MENSUAL.-ÓRGANO DEL "ATENEO POPULAR"

FUNDADA EN 1908 POR E. DEL VALLE IBERLUCEA

SOCIOLOGIA, ARTE, EDUCACIÓN

Año VI, N. 6, Tomo VIII, Junio 1914

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

TALCAHUANO 417 (2° Piso) BUENOS AIRES

Directora: ALICIA MOREAU

REDACCIÓN: Ciencias Sociales y Jurídicas, Dr. José A. Mouchet. *Notas Internacionales*, Guido Anatolio Cartoy; *Notas Bibliográficas*, Dr. Juan Chiabra, Dr. Enrique Mouchet.

Administrador: ARMANDO MOREAU

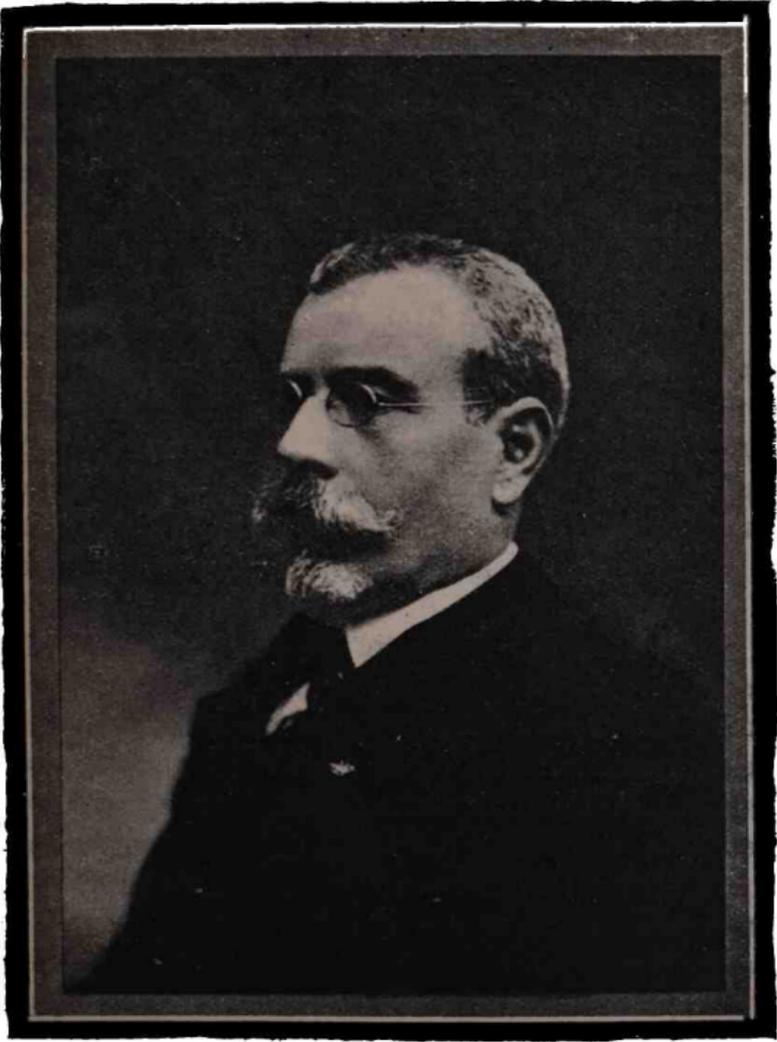
SUMARIO

Agustín Alvarez - Grabado.....	Pág. 281
Nuestro homenaje - Alicia Moreau.....	> 282
La religión y la vida - Agustín Alvarez.....	> 283
El hombre y el árbol - Agustín Alvarez.....	> 284
Dr. Agustín Alvarez - Joaquín V. González....	> 291
Las dos maneras - Agustín Alvarez.....	> 304
Agustín Alvarez - Autógrafo.....	> 305
Agustín Alvarez como sociólogo criollo - Ernesto Quesada.....	> 306
El progreso - Agustín Alvarez.....	> 311
Discurso por el Museo Social Argentino - Ernesto Nelson.....	> 312
Discurso por la Facultad de C. Jurídicas de La Plata y la Asociación Nacional del Profesorado - Ricardo Leveno.....	> 314
Agustín Alvarez - Algo de lo mucho que nos enseña su vida - Pedro A. Torres.....	> 316
Discurso por la Escuela Superior de Guerra - Alberto M. Noailles.....	> 318
Agustín Alvarez en Barcelona - Grabado.....	> 320
La obra filosófica de Agustín Alvarez - Ni- colás Besio Moreno.....	> 321
La herencia de la gloria - Agustín Alvarez... Agustín Alvarez - Martín García.....	> 337 > 338
Palabras de actualidad - Agustín Alvarez....	> 339
Discurso por la Sociedad Científica Argen- tina - Juan B. González.....	> 340
El mal argentino - Agustín Alvarez.....	> 342
En homenaje a la memoria de Agustín Alva- varez - El acto público del 25 de junio 1914 - A. M.	> 343

SUSCRIPCIÓN ADELANTADA

Por un bimestre \$ 1.00 m/n. — Por un año \$ 5.00 — Número suelto \$ 0.50
En Montevideo: por un año \$ 2.20 oro. — Número suelto \$ 0.20 oro

Los giros deben enviarse á nombre del administrador:
Armando Moreau, Talcahuano 417 (2° piso)



AGUSTIN ALVAREZ
Pensador y educador argentino

NUESTRO HOMENAJE

Muy grande lo quisiéramos, como grande fué aquella figura; profundo, hondamente sentido es, como la admiración y la simpatía que en todos despertara.

Agustín Alvarez fué un buen amigo del Ateneo Popular, porque era, por condición innata, amigo de todo esfuerzo, grande o pequeño, inspirado por el deseo de enseñar, de educar, de propagar verdades e ideas a las que dedicó todas sus energías.

Tenemos, pues, una particular deuda de gratitud; no es la única. Más que todo, le debemos el conocimiento de una vida noble y útil, de una alma serena y justa, fuente de bondad, espejo de lealtad, cuna de valentía donde jamás anidaron egoísmos ni rencores, alma ejemplar que sólo engendró lo bueno y generoso, y así pudo ser sin la esperanza de eternas recompensas ni el temor de penas infinitas.

Al trazar estas líneas vuelve su imagen a nuestra memoria, tal como lo viéramos por primera vez en el Congreso Internacional del Libre-Pensamiento, cuyas sesiones presidía. Dueño de sí y siempre igual, sereno y justo, con la frase oportuna, la observación exacta que resolvía la situación sin herir los ánimos encontrados.

Parécenos tener presente esa mirada sonriente que iluminaban su fina ironía, que fué siempre suave y jamás despertó el dolor, y esa benevolencia, que no era de las que se extienden como limosna al prójimo desgraciado, y nacía de su profundo conocimiento de la vida y de los hombres y le permitía combatir, sin llegar nunca al odio, ideas falsas, prejuicios y creencias.

Entonces asociamos, casi involuntariamente, su imagen a la de Mr. Bergeret, el profesor de filosofía y maestro de ironía, que el talento de Anatole France ha puesto en sus obras, para que fuese el crítico imparcial y

tranquilo de la sociedad en que vivía y a la que miraba y estudiaba con la serenidad con que un naturalista estudia a un insecto.

Hemos perdido nuestro Bergeret; algo nos queda de él: sus obras; algo vivirá siempre en nosotros: su ejemplo.

Grande es la memoria de un hombre cuando puede quedar para los otros como guía y enseñanza. Así hay seres privilegiados que pueden dar, cuya vida entera es un don, y cuyo recuerdo sigue siendo manantial inagotable, como rayos astrales, que después de apagados vibran aun en las múltiples formas de vida que engendrarán.

ALICIA MOREAU

LA RELIGION Y LA VIDA

La concepción judía que considera a la especie humana condenada desde el principio a la perdición universal, de la que sólo podían escapar los elegidos, fué ampliada por el cristianismo en una manera de: "sálvese el que pueda quedar bien con Dios, por medio de la religión y la Iglesia verdaderas, porque Dios castigará inexorablemente a los que lo ignoren o lo adoren en Iglesias y religiones falsas"; es una concepción esencialmente egoísta, mezquina e inhumana, puesto que, a los que están bien con Dios, por medio de las fórmulas religiosas, no les importa ya un bledo estar con los hombres, y así ha sucedido siempre que los creyentes y practicantes más completos de los ritos y ceremonias litúrgicas han sido siempre los más grandes malhechores, y que los que poseen las virtudes religiosas precinden regularmente de los hombres, salvo aquellos raros casos en que coincide una gran fe con un gran corazón, que habría hecho un buen hombre o un hombre mejor sin aquélla.

Luján, Febrero 1.º 1908.

Agustín Álvarez

EL HOMBRE Y EL ARBOL⁽¹⁾

Con todas las formas y los sentidos del hombre, y llevándole la ventaja de tener cola, pelambre y doble número de manos, no ha podido sobrepasar la condición animal el mono, que vive en los árboles y de sus frutos, pero que no sabe sembrarlos y cultivarlos. Y porque tampoco se ocupa de esto el hombre salvaje, también se ha quedado en la vecindad animal del mono, resultando así que la civilización consiste en plantar árboles y la barbarie en destruirlos sin necesidad de romperlos.

Porque el suelo es también educable para la elaboración de la flora, como es educable la mente del hombre para la elaboración de las ideas y de los sentimientos; pero cuando éste no cultiva su espíritu, tampoco puede cultivar el suelo, y los ños se quedan salvajes por los siglos de los siglos que dure la incultura del hombre.

Tal era el caso de estas tierras y de los aborígenes que las poblaban, a la llegada de Juan Díaz de Solís; y tal es todavía el caso de entrambos en las selvas vírgenes del Chaco.

Como la dama ciega, que hace su toilette a tientas, con los utensilios al alcance de su mano y sin el control del espejo, la madre tierra, sin el control de la inteligencia humana se engalana con la vegetación, sin saber lo que se pone encima; y son también los circunstancias — que pueden ver por ella — los que tienen la responsabilidad de que se cubra de abrojos y malezas en lugar de cubrirse de árboles, de mieses, de hortalizas y de flores, productos éstos más altamente situados en esa evolución ascendente de la materia, por la que la

(1) Discurso inédito, que debió ser pronunciado por el Dr. Agustín Alvarez en la Fiesta del Arbol.

tierra se transmuta en planta, la planta en animal, el animal en hombre y el hombre en pensamiento y sentimiento, transmisibles a las generaciones venideras en la eternidad del tiempo y de la humanidad.

La madre tierra se viste de plantas con las simientes que la aporta el viento, y que pueden prosperar en la humedad que le suministra la lluvia, y solamente conserva las que resisten a los parásitos mayores y menores, a menos que intervenga la acción del hombre para defender y sostener a las que sean más atacables y menos resistentes de suyo, destruir a las rivales más pertinaces, seleccionar las especies y acrecentar la humedad por el laboreo y la irrigación.

Destruir un árbol sin motivo, es así una perversidad contra el suelo patrio, porque es la destrucción de un valor, el aniquilamiento de una ventaja que poseía el lugar en que estaba situado; y plantar un árbol, y cuidarlo hasta que se arraigue, es mejorar en su equivalente el suelo nacional.

Los árboles que brotan espontáneamente y desordenadamente, son testimonios de la acción de la naturaleza ciega; los que brotan y crecen ordenadamente son testimonios de la acción humana. Y así, el suelo de un país está mal ataviado o desnudo de vegetación, pudiendo estar bien vestido, si pudiendo rendir mucho, rinde poco para el nativo. La responsabilidad y el oprobio de ello recaen sobre el habitante de esa tierra; que después del empleo de la vida en hacerse cada uno más fecundo para sí mismo y más tolerable para los otros, nada más patriótico que el esfuerzo empleado en hacer al suelo patrio más fructuoso y más galano para propios y extraños.

Los que regresan del viejo mundo traen las más gratas impresiones de los parques y jardines, de los árboles plantados a lo largo de los caminos para dar sombra al cuerpo y esparcimiento al espíritu de los transeuntes y beneficios de toda índole a las comunas; y al comparar el grado de adelanto alcanzado por unos

países respecto de otros, sienten la inferioridad del nuestro.

Hacer desaparecer por la acción de todos y el beneficio de todos esa inferioridad cultural del suelo — que acusa una inferioridad moral y estética del habitante, — es el propósito a que responde la constitución de la sociedad forestal y la institución del “día” y de la fiesta del árbol por los poderes públicos. Porque el valor de la idea consiste en ser la simiente del hecho, el antecedente de la acción inteligente; y las ideas que no se convierten en acción son capital perdido, como las semillas que no germinan.

Y para hacer germinar esa idea del embellecimiento de nuestra madre tierra y del engrandecimiento del suelo patrio por la plantación de árboles, los americanos del norte resolvieron consagrar un día del año a traducirlo en hecho.

Así nació la institución del “Arbor Day” en el país en que Franklin “arrancó el rayo al cielo y el cetro a los tiranos”; en que Longfellow compuso el Salmo de la Vida, Emerson la filosofía de la acción y Hamilton la constitución que nos rige. Y por la transformación consecutiva de esa grande idea en acción, el humus del suelo, el agua del cielo, la luz y el calor del sol, encuentran cada año millares o millones de más y de mejores vehículos para transmutarse en madera, en leña, en sombra, en flores y en frutas para las generaciones presentes y para las venideras. Y así nació también un nuevo modo de hacer la gimnasia del sentido moral, que consiste en ejercitar la facultad de hacer el bien a los otros.

Es, por cierto, el mismo procedimiento por el cual la iglesia, cuando era señora del pensamiento y del sentimiento de los hombres, los adjudicó al pasado desaparecido y al mañana hipotético, en perjuicio del presente y del porvenir defraudados, atribuyendo un día para cada santo en el calendario, y luego, a modo de etcéteras gigantescas, un día para todos los inocentes,

otro día para todos los muertos desconocidos. Es la misma idea transportada parcialmente en nuestros días de humanismo y de luces, del "mañana" al "ahora", del campo de la muerte al campo de la vida, por la institución del día de los pobres, del día de los niños, del día de los estudiantes, del día de los trabajadores, del día del animal, del día del árbol.

Presumo que no estará lejano el día en que a semejanza del día de la patria, consagrado a rememorar lo que debemos a nuestros propios antepasados, se instituya "el día de la humanidad", consagrado a rememorar lo que debemos a los otros miembros de la familia humana, lo que cada agrupación debe a las otras agrupaciones en el pasado y en el presente; en una como geografía de la gratitud (substituyendo a la universalidad de la ingratitud) que se aprovecha sin retribución y sin reconocimiento, de los bienes conquistados por otros, para llegar, por una creciente estimación recíproca, a transformar en árbol corpulento y frondoso el sentimiento de la solidaridad humana, que es apenas un arbusto incipiente en la vegetación de los sentimientos.

Tiempo y dinero, pensamiento y acción, empleados en objetivos improductivos de dinero ciertamente; por tiempo y dinero, pensamiento y acción, empleados en agrandar la cocina de la felicidad humana, la cual es el effluvio que retorna de lo que amamos, como la infelicidad es el effluvio malsano que retorna de lo que detestamos: el eco o la resonancia de nuestros propios sentimientos en nuestro ambiente.

Pues la felicidad viene del dinero para el avaro, como viene del amor para el enamorado, de la música para el músico, de la poesía para el poeta, de la belleza para el artista. Viene de los niños para el que ama los niños; de los árboles, los pájaros y las flores, para el que ama los árboles, los pájaros y las flores; de la patria chica y del pasado para el que ama el terruño y la tradición; de la patria del porvenir y de la humanidad

para el que ama a la patria grande y a la humanidad engrandecida por la civilización.

Pero, como el mal observador, que según el proverbio ruso, puede atravesar un bosque sin encontrar en él leña para el fuego, el egoísta consumado puede hacer el camino de la vida suscitando cómplices interesados o intimidados, entre selvas de sentimientos nobles, sin preocuparse del calor de las simpatías latentes en el medio; y el que carece de aptitudes estéticas, puede atravesar las maravillas del arte y de la naturaleza sin maravillarse de nada, como la piedra que rueda, o como el asno, que lleva el compás de su pesado andar con las oscilaciones isócronas de sus grandes orejas, insensibles a la música sagrada.

Porque las cosas hablan el lenguaje inarticulado de nuestras aptitudes sensibles a su respecto. El más bello paisaje es mudo para el ciego, como la guitarra para el sordo, y es elaborando en nosotros simpatía para las cosas que nos rodean, como podemos conferirles el poder de producirnos placer con su sola presencia. Y la inteligencia humana es la llave de las inagotables amenidades del ambiente de la vida, del mismo modo que la imbecilidad es la brecha por donde las acritudes y los sentimientos innobles, a manera de alimañas espirituales, invaden la mente, como invaden la cabeza las otras alimañas invitadas por el desaseo y atraídas por el sabor de nuestra sangre.

Aprendiendo a deleitarse con esa poesía de la vegetación que es un cerezo o una glicina en flor, los japoneses han logrado ser los primeros paisajistas, graduados en la universidad de la naturaleza, y llegado a sacar el mayor partido humano de un suelo barrido por los ciclones y sacudido por los terremotos y sólo laborable en el doce por ciento de su superficie.

Tal era el mejor caso de la pampa argentina, desnuda de vegetación arbórea desde las épocas geológicas, por la insuficiencia de las lluvias y por la demasía de los vientos, porque ni los aborígenes pudieron, ni

los conquistadores se preocuparon de hacer intervenir en favor del árbol amigo del hombre, al ingenio humano, la única fuerza de la naturaleza que puede transformar la desolación en jardín y el páramo en vergel.

Porque los unos tenían virgen de cultura el espíritu, mantenían virgen de cultivo el suelo; y porque los ideales de los tres eran la fe, la ignorancia y la credulidad, para el bien del cielo (y no el saber, la tolerancia y la libertad para el bien de la tierra), tampoco se preocuparon de desarrollar por la gimnasia mental los poderes mentales del niño para la civilización del hombre y del suelo.

En su calidad de agricultores del mañana, dejaban baldío el presente, porque el hombre puede fecundarse el espíritu con ilusiones para engendrar fantasías; pero la tierra no puede hacer germinar a los carozos vacíos, y permanece tan estéril como el hombre, allí donde la inteligencia humana, abonada por la metafísica, regada por las lágrimas suplicatorias y marchitada por el pesimismo, no empuña el arado para depositar la semilla en el surco, ni el espíritu del progreso para sembrar el optimismo en el corazón del niño.

Todos los problemas de la civilización moderna, con todos los horrores suplementarios consecutivos a su aplazamiento, recayeron sobre nosotros, que nacimos a la independencia nacional semibárbaros y pastores, bajo la protección de los santos y sin las luces de la ciencia.

Rivadavia, Mitre y Sarmiento iniciaron simultáneamente la educación del hombre por la escuela, la del suelo por la agricultura, la del ambiente por la higiene; y vale decir, por medio del ingenio humano, que es la varita mágica de las leyendas y de los cuentos de hadas, que pueden hacer surgir palacios, jardines y fuentes donde sólo existe tierra, cielo y aire.

La escuela es el paraje en que esa varita es magnetizada con los conocimientos humanos para hacerse obedecer por las fuerzas naturales; el maestro de escuela

es el cocinero de la capacidad mental del habitante y el habitante instruído es el cocinero de la capacidad económica del suelo.

Y la sábana de hierba de la pampa es como el mantel tendido para ser cubierto de manjares, de vacas gordas, de mieses succulentas, de frutas sabrosas, en espera de los comensales. Es como la tela preparada con su campo de suelo verde y su fondo de cielo azul, lista para recibir el paisaje, en cuanto aparezca el paisajista retardado, y empiece a trazar con los instrumentos del progreso y los recursos del ingenio, la silueta de las casas y de los grupos de árboles permanentes, bajo los grupos de nubes pasajeras.

Así, este acto, en el que concurren el maestro que implanta los conocimientos humanos, en la mente fresca del niño; el niño que planta el árbol en el suelo removido por el adulto; y el árbol sin espinas que brotará, crecerá y vivirá sin llevar cuenta ni resentimiento de los que se benefician de su sombra, de sus flores, de su madera o de sus frutos, ofreciendo al hombre, por el ejemplo, ese consejo de hacer el bien sin afanarse en vengar el mal que siguieron Epicteto y Marco Aurelio; este acto, que simboliza el pasado colaborando con el presente en la colaboración del porvenir, representa el proceso de la civilización, alumbrada por la ciencia y permeada por el patriotismo, en el ciclo de la vida, transitoria en la individualidad y permanente en la humanidad.

Agustín Álvarez



Dr. AGUSTÍN ALVAREZ

(25 de Junio de 1914) (1)

Señoras: Señores:

Uníame a Agustín Alvarez un lazo de afecto e intimidad tan intenso, que nunca me resolví a verlo desde que sufrió su primer ataque cerebral. Dije entonces adiós a su inteligencia, como se despide uno para siempre del cometa cuya trayectoria sobrepasa los límites de nuestra vida. Y despedirse de su inteligencia era decidirse a no verlo más a él mismo. No he podido resistir jamás a este género de impresiones: la muerte del pensamiento de un hombre como este, equivale a la extinción de un foco de luz y calor en la tierra, a un principio de muerte de las cosas.

El silencio suele ser mi duelo, mi actitud social, mi oración póstuma para los amigos y hermanos del corazón. Esta confidencia os explicará la razón de las reservas que hallaréis, acaso, en mis palabras; porque habría necesitado mucho más tiempo para haber podido serenar mis impresiones, y atreverme a tocar con el escalpelo de la crítica la personalidad del compañero, cuyo consejo y solidaridad eran aliento, estímulo y sanción de actos realizados en empresas comunes.

Nuestro primer conocimiento se hizo en la redacción de un diario, y mi primera penetración de su alma e intelecto en las bancas de la Cámara de Diputados. En una descubrí la sencillez, sinceridad y modestia ingénitas de su persona toda, y en la segunda se reveló desde el primer día el vuelo de su talento, la magnífica armonía de su espíritu y la absoluta unidad que existía entre sus ideas, su conducta y sus formas y medios de expansión. Venía, como tantos otros argentinos ilustres habían venido, del interior de la provincia, a este temido mis-

(1) Discurso pronunciado en el acto de público homenaje á la memoria del Dr. Agustín Alvarez.

terio de la metrópoli — ¡Buenos Aires! — que para unos suena como una promesa mágica de grandezas y fortunas, para otros como un monstruo terrible dispuesto a devorarlos si no caen en gracia a sus caprichos demoníacos. Era necesario que el joven Sigfrido acometiese la ardua misión con la espada consagrada: él la traía al cinto ungida con esta doble cifra: “talento”, “valor”.

Y no se necesita más. Recuerdo su primer discurso, recibido, como siempre, con la curiosidad sonriente del que se prepara al goce de una caída. Pero desde luego se advirtió en el tono confiado, irónico y desparpajado del orador, que no traía miedo bajo la cota de malla, y en cambio venía henchido de “cosas por decir” y de resolución para afrontarlas. Mi mano fué una de las primeras en estrechar la suya. Nuestras manos no se han separado nunca más, sino cuando la muerte lo ha querido; pero la corriente afectiva e intelectual comunicada entonces no se ha interrumpido por eso, gracias a que ya no se necesita de conductores para mantenerla, como no es necesaria la vida material de los cuerpos para continuar hasta la eternidad la vida inmaterial de los espíritus.

No hablábamos nunca de nosotros mismos; nos entendíamos sin vacilar, y sí sólo por el interés patriótico o humano de la acción. Jamás hemos dicho — “vamos a discurrir”, sino “vamos a hacer”. Lo que divide a los hombres en la vida, no es tanto la diferencia de los principios, como la vacilación o el temor inconfesado para afrontar los hechos; y sólo una grande abnegación, — que la amistad o el amor, y nada más, son capaces de engendrar, — puede inspirar las renunciaciones heroicas de la propia vanidad, ambición o interés, para fundirlos en la masa del bien colectivo. Por eso la vocación definitiva de los grandes caracteres suele ser la de la filantropía suprema, de la educación, la prédica, el apostolado de las ideas. Una cultura superior conduce siempre a estas cumbres, desde las cuales se divisan los vastos horizontes

y se miden en su valor comparativo los conjuntos de los hombres y las cosas. Y Alvarez había nacido con esa impulsión de altura, con esa fiebre de saber, que fué la definición del período medio de su vida, en cuya culminación le halló su postrera hora.

Tuvo, en cierto modo, la ventura singular de Lincoln, de haber entrado en el mundo de las ideas, después de haber recorrido un buen tramo del camino de la experiencia. Así puede decirse de él que vino a este mundo "con los ojos abiertos", y pudo ahorrarse así el largo período de la ceguera inicial, en el que tantos pierden la facultad de ver, a fuerza de pruebas, de tutores, de guías y de ayos mentales, que no saben ellos mismos hacia dónde va la senda. La mayor parte de los prejuicios y errores convertidos en carne de la carne de las generaciones humanas, procede de esta época inconsciente y plasmática de la primera edad; durante su transecurso todas las supersticiones entran a constituir la vida mental, al amparo de la excitabilidad imaginativa, que crea sus sombríos fantasmas y terrores, los cuales conducen al sujeto hasta la muerte, a través de todas sus vicisitudes y luchas, triunfos y derrotas, y ocupan en su conciencia el campo que disputan a las verdades científicas, a las creaciones luminosas del genio.

Como nuestro amigo entrara en el mundo de las ideas y de las instituciones "con los ojos abiertos", pudo elegir el mejor camino, esto es, elegir su propio camino con plena conciencia de los factores del problema; eligió por sus propios ojos, porque pudo ver con ellos todas las sombras ambientales, todos los peligros de la selva, todos los obstáculos de la montaña. Su vida, desde entonces, fué una ascensión continua: semejante a los antiguos filósofos neoplatónicos, que antes de consagrarse al mundo dedicaban largos años a la contemplación de las verdades profundas, Alvarez tuvo su período de prueba experimental. — que es contemplación inconsciente de las realidades de la existencia, — y supo, desde el

comienzo, que debía andar con sus propios piés y guiarse con sus propios ojos.

Su vida anterior de soldado, en contacto constante con el alma ruda de nuestro pueblo, con la más ruda naturaleza de nuestro país despoblado, y acaso con el aún más rudo estado mental de nuestra democracia improvisada, fué su clínica y su honda prueba lustral. Pudo ver y conocer de frente al enemigo tradicional y soberbio de todo progreso y de toda liberación, la omnimoda Ignorancia, dueña de todo un continente y de todo un enjambre de instituciones construídas sobre cimientos seculares. La vocación estaba hecha, el voto pronunciado, y su tipo de pensador y escritor definitivamente fundido en bronce imperecedero. Empezó entonces una "vida consagrada" a un ideal, y así pudo nuestra patria aumentar con un nuevo punto brillante el firmamento intelectual contemporáneo.

Leyó, estudió, investigó sin reposo en las mejores fuentes del pensamiento moderno, buscando por deducción "a contrario" las mejores aguas para curar los males antiguos de nuestra sociabilidad. Nunca podrá encontrarse una conciencia más amplia, un cauce más hondo ni más vasto para contener las ideas; y así no tardó en emprender su viaje intelectual sobre la majestuosa corriente, que un genio oculto, — el de la libertad moral y el amor de la ciencia, — cuidaba y resguardaba contra escollos reales y diablos imaginarios. A su rica levadura nativa de eriollo montañés, vino a unirse para realizar una creación fecundísima, la savia de todas las altas influencias espirituales, de la literatura filosófica y científica, de los civilizadores de las mejores razas, y realizó así la *selección* de su propia intelectualidad, y fundió un carácter y un tipo moral inconfundible.

La lectura de los pensadores determinó su procedimiento mental; el respeto por la ciencia le evitó siempre caer en la abstracción absoluta; la experiencia personal del peligro de la ignorancia y el prejuicio en su propio

medio, le infundió la certeza, el valor y la impulsión del sacrificio para combatir por la verdad y con la verdad de su criterio; y como escritor, fundiéronse a maravilla en su espíritu nativo, rico en levadura germinadora, el humorismo sajón, las fórmulas concretas de la experiencia, los giros novedosos de la selección literaria y la opulencia del propio lenguaje, desbordado de sus cauces académicos por el exceso de limo de que venían preñadas sus aguas. Sin exagerar comparaciones, y siempre dentro de la discreta relatividad de todas las cosas, puede decirse que al leer sus conversaciones, — dispersas en una docena de volúmenes, tan discretos como su propia cultura. — se evoca a veces la compañía ideal de los que se llaman Emerson, Ruskin, Huxley, Carlisle, Harrison, Lubock, Lecky y tantos otros, entre quienes asoman también rostros conocidos de más cerca, de Sarmiento, de Alberdi, de Vélez Sarsfield... los que atacaron recio el prejuicio moral e intelectual de todos los tiempos, los que entre nosotros enseñaron a luchar, a criticar, a sonreír, sin miedo al ridículo, a la persecución, ni a la erudición pegadiza de la ignorancia togada.

El comercio con los grandes espíritus había producido en Alvarez una curiosa evolución. Si, por una parte, notábase en él una acaso demasiada sujeción a los postulados y fórmulas tomados en sus libros, por otra y la más valiosa para él, se advirtió enseguida su influencia educadora y modeladora de su intelecto y carácter, al punto de que si alguna definición parece exacta de su personalidad, es la que de llamase "flor de selección" obtenida por el estudio. Selección es depuración, y en cierto dominio es idealización; y si hemos de llevar más arriba las deducciones, diremos también que el último precipitado de la selección es la virtud. Y Alvarez llegó por su camino a donde puede llegarse por nuestro medio intelectual y moral, a ser un tipo de virtud humana y civil.

Fué un filántropo en la más acabada de sus aplicaciones: enseñar el camino de la perfección a los que

andan por el mundo a tientas y a ciegas, y enseñársele con toda su alma, su consagración y renuncia de sí mismo. Llegó por selección intelectual, a crearse un mundo suficiente para llenar su vida entera de actividad y de trabajo; a creer en que la mayor gloria y el mejor empleo de la vida misma, es el culto y lucha por un ideal benéfico a los demás hombres, y a los que viven en su medio inmediato; y así, ni la política, ni la fortuna, ni nada de esa enervante "vanity fair", que a tantos precipita en el vértigo, pudieron perturbar un momento su serenidad platónica. Pudo de esa manera, inviolable al rebote del proyectil, decir y proclamar en su estilo y en su forma característicos, todos los vicios, defectos, errores, prejuicios, faltas, ridiculeces, taras y miserias que eran nuestro pasivo, y señaló la vía para adquirir los bienes saneados y limpios para compensarlos y superarlos con usura.

Se le ha censurado que diese al factor religioso más valor efectivo del que tiene en nuestra vida nacional, y aun se ha juzgado una prueba de mal gusto su insistencia sobre tal preocupación de su espíritu. Nada hay más complejo que este aspecto de su crítica, en un medio como este, hecho a base de religión, y de una religión absorbente y absoluta, que en diez y ocho siglos de dominación ha penetrado en todos los tejidos vivos de la humanidad. El ha visto el problema nacional en su faz verdadera; ha hallado la fuente de los males, y se dedicó a depurar sus aguas, en su origen, en sus cauces, en sus aplicaciones, en todos los sitios donde llegan y labran sus reacciones propias. La crítica podrá herir y asirse a sus medicos, a sus procedimientos de combate, pero no puede vulnerar su juicio sobre el fondo del problema.

El factor religioso, tomado en su faz histórica, actual y futura, es el más grave en la República Argentina, porque afecta lo más esencial de su vida, su educación, y por lo tanto, su porvenir. No desconoció, sin duda.

su valor como fuerza dinámica en el proceso directivo de las muchedumbres y de los pueblos, aun en un grado relativo de civilización; pero, penetrado del espíritu científico, aunque no de las ciencias mismas, sabía cuánto aquel elemento pesa en contra del progreso de las verdades científicas, o sea del verdadero progreso general de la humanidad. Bastaría su propensión a convertir en fórmulas absolutas e inmutables sus propias creaciones imaginativas, y sus construcciones metafísicas del mundo como de todos sus fenómenos, para que se deduzca hasta qué punto él es contrario al ideal de perfeccionamiento colectivo. Nacido en esencia, del contacto de la filosofía idealista y progresiva de la India antigua con el depurado platonismo helénico del ciclo de transición, el cristianismo pudo acaso mantener puras y difundir por el mundo las verdades incontaminadas que conducían a los espíritus selectos, y a los pueblos bajo su influencia, a conceptos ideales comunes; pero al convertirse en poder y organismo material, y al crear, por consecuencia, un orden económico y burocrático, abandona para siempre tal vez su primitivo cauce, para no ser sino una potencia convencional que lucha para mantener y ensanchar su imperio, asentado sobre cimientos de postulados dogmáticos, inmutables, arraigados en la capa variable de la credulidad humana, y cuyo espesor va disminuyendo a medida que el espíritu científico y filosófico unidos, van avanzando en la conciencia del mundo.

Sabe esa religión desde hace muchos siglos, cuál es el secreto de su fuerza, y trata de conservarlo en lucha abierta con las fuerzas contrarias de la ciencia y de las verdades positivas. Pero ésta no lleva todavía la mejor parte, porque el artificio humano ha llegado a crear la dualidad acomodaticia de la ciencia y la religión, a cuyo amparo la cobardía moral permite la coexistencia del hombre de ciencia y del creyente en íntima comunión de ganancias. Entretanto la humanidad libre sigue día

tras día asistiendo al descubrimiento de nuevas verdades, y a la más comprensiva de todas, expuesta en un libro reciente, de que "no hay ya verdades definitivas para el hombre como no hay seres definitivos en la naturaleza"; pero la "ciencia" teológica sigue sosteniendo sus afirmaciones iniciales, aún por medio de los mismos métodos de la ciencia positiva; sólo que, al llegar a la interpretación filosófica y moral de sus resultados, ella los deriva hacia la confirmación de sus postulados dogmáticos.

Todo en el orden científico se mueve y evoluciona: la investigación del laboratorio contemporáneo en la biología, en la química, en la física, y en la psíquica, ha llegado a desvanecer multiseculares "verdades", y a entrever revelaciones tenidas por ultracientíficas, — como las que fueron objeto principal de atención de las dos últimas sesiones de la "Asociación Británica" de ciencias, sobre el origen de la vida y sobre la "ultravida". Para el sabio existe ya el ultramicroscopio y el ultratelescopio, con los cuales sondea el mundo infinito de lo pequeño y de lo grande, y a medida que acrecienta su poder de penetración, aumentan sus revelaciones de principios y fuerzas antes ignoradas y divinizadas. Sólo la Sacra Teología pretende permanecer inmutable, asumiendo el papel del Dios creado por ella misma, y hasta aspira a mantener la inmutabilidad de las interpretaciones de los antiguos dogmas científicos, a pesar de que en sus propias escuelas se enseña que la tierra gira al rededor del sol, y de que el continente donde más beneficios obtuvo su doctrina fué en aquel cuya existencia negaron sus teólogos, sus doctores. Así como la ciencia experimental remueve el pasado infinitesimal del universo con la vida de la célula primitiva, y se encamina hacia la comprensión del futuro por la penetración de la química estelar y el sondaje del espacio, la Teología está obligada a aplicar sus ultra-microscopios y telescopios metafísicos para revelarnos qué pensa-

miento ocupaba la mente de su Dios antropomorfo antes del que improvisó el mundo, y cuál será su ocupación mental después que ordene la destrucción de lo creado. Es que mientras la religión no vuelva a las puras fuentes filosóficas de donde ha salido, penetrada de la idealidad índica y helénica que, con tan sutil y dulce perfume transpira en algunos pasajes de San Agustín y San Juan Crisóstomo,—para no referirme al Evangelio mismo, — no espere ganar terreno ni espacio en el mundo de las cosas ni de las ideas; ni sus Iglesias, o poderes visibles, pueden aspirar a recobrar parte de su imperio perdido en la conciencia contemporánea, mientras no admitan en su exegética y hermenéutica bíblicas, el principio de la evolución que domina en todo el Universo,—y que hizo ya pensar a uno de los últimos pontífices políticos, en la conveniencia de tal reforma, la cual le prometía, no sólo la absorción de todas las naciones dominadas por la ortodoxia oriental y el anglicanismo occidental, sino un inmenso avance en el espíritu liberal del mundo entero, por la conciliación, siempre grata al reposo de la conciencia y de la vida.

Alvarez había recorrido con paso medurado y oído atento el largo camino de esos ejércitos, en lucha permanente de conquista del mundo espiritual. Se revelan en sus páginas vibrantes las impresiones de sus horrores y de las miserias a donde precipita a los hombres el culto y la ciega obediencia a los dogmas absolutos y a los poderes terrenales divinizados por la ignorancia; ha entrevisto la decadencia del espíritu y el debilitamiento de la conciencia humana, por la continua sumisión a las voluntades omnímodas de dioses de carne y hueso, y apetitos y degeneraciones múltiples; ha comprendido cuanto han labrado el alma de nuestra América y de nuestras jóvenes nacionalidades, los terrores, las sombras, los demonios y las fealdades en que, por odio exagerado a la belleza antigua, precipitaron a la humanidad cristiana, apartándola de esa serena conciliación, que habría

resultado, al menos por muchos siglos, entre el concepto ideal de su belleza neo-platónica con la emoción, la unción y la gracia que destilan los más altos conceptos de Jesús, relacionados con la vida y la felicidad; advierte con vigor intenso de concepto y de frase, el criminal abandono de la cultura científica de la inmensa población de América, que había de ser cuna de futuras naciones, encendiendo "velas a los santos para que vean a quienes deben hacer milagros, y no encienden luces en la inteligencia de los niños para alumbrarles el camino de la existencia"; los mismos, pues, que en sus casas, escuelas y doctrinas, y en su permanente escuela de gobierno colonial, no hicieron más que adiestrar el asno para la servidumbre y la carga, y no desasnarlo para el ejercicio futuro del trabajo propio y de la libertad civil y moral; y esto en nombre de la misma promesa del Evangelio que anunció a los hombres la libertad por la verdad, esto es, por la ciencia, y cuyo recuerdo arranca a Alvarez palabras de una vibración intensa, al decir que "la literatura universal no conoce un documento que sea una protesta más elocuente y conmovedora, por más radical, profunda y definida, que el Sermón de la Montaña, contra las iniquidades sociales, resultantes de los modos de ser, de ver y de sentir de la época"... Sólo la constitución y política de la Iglesia permanece inmutable, como el escollo en medio de la corriente, pretendiendo todavía, no sólo desviarla, dividirla y amenazarla, sino hacerla retrogradar hacia su origen.

Explicase así cómo el espíritu de Agustín Alvarez pudiera aparecer apasionado hasta el desequilibrio, en la lucha contra ese obstáculo del progreso y la selección del alma humana. Y aunque pudiera justificarse el reproche en presencia de su último período de combate, basta observar que la violencia o tenacidad del ataque no significarían que el adversario era menos digno de combate, sino que la ansiedad por ver lucir el día de la libertad, había exaltado la pasión de los combatientes.

Entre tanto, mucha exaltación existe también en el campo contrario, cuando se le censura por apasionado y obcecado en su lucha contra el clericalismo en su afán de propaganda. Durante ocho años ha enseñado y ha gobernado en una joven universidad argentina; y yo que lo he visto puedo asegurar que nunca abusó de su influencia ni de su inviolabilidad magistral para luchar en desventaja de su adversario; y es, por el contrario, digno de señalar aquí, como uno de sus rasgos más interesantes, que su estadio de pelea fué siempre la cátedra libre de la prensa, de la tribuna científica, del parlamento o el libro, y jamás pretendió hacer tragar, aún a los más débiles, sus opiniones o sus juicios, ni por el temor a la sanción oficial, ni por el pretendido y desacreditado argumento de autoridad que aún algunos profesores se atribuyen desde sus cátedras. Esto estaba en su modo de ser, leal y valiente, pues, como un San Pablo del liberalismo científico moderno, nunca olvidó durante el noble apostolado ideal, que había sido y era soldado del ejército de su patria.

El tipo y carácter de su ilustración y cultura, dije antes, le habían llevado por selección hacia la virtud. Y en efecto, era un ejemplo de las más altas virtudes que levantan el nivel humano. Fué un educador público y privado, un "educador" en toda la amplitud del concepto, en la calle y en el hogar, en la cátedra y en la acción; y sus libros, discursos y participaciones en todo el movimiento social de su tiempo, lo muestran de cuerpo entero entregado a su misión, la más noble que puede adoptar un hombre culto en la sociedad contemporánea. Tenía de ella la modestia más sólida y diáfana que puede encontrarse en la vida; la cual se revelaba en el olvido sincero de su interés, su vanidad o su gloria; en la disposición siempre activa y lista para cooperar con los demás en la obra conveniente a todos; en su ingénita inclinación a administrar, a estimular, a tolerar las condiciones de sus semejantes, amigos y compatriotas; en la a

veces cruel indiferencia por su propia labor intelectual, y acaso por ese sentimiento llenaba de citas y referencias autorizadas sus escritos, conferencias y discursos; en la bondad con que acogía todo pedido de ayuda para cualquier iniciativa ajena, en este medio social donde la palabra "iniciativa" es tea de discordia y ariete de guerra; en suma, en la viva antítesis que presentaba con el común de las gentes de nuestros medios educados, quienes parecen hacer un culto de la diosa "Dificultad", mientras que él adoraba la contraria diosa "Facilidad". Los primeros son todos esos que tienen algún interés en ocultar su ignorancia, impidiendo a todo el mundo penetrar en su santuario; mientras que los segundos se complacen en manifestar su deseo de saber, y dejan entrar a todos con la esperanza de que algo han de aprender de bueno, porque todos tenemos siempre algo que enseñar a los demás.

No es mi propósito hablar de sus libros y escritos. Sería esta una tarea crítica superior a las proporciones de un acto como este. Era yo y soy uno de sus amigos más entrañables, uno de sus compañeros de labor y de ideales respecto de nuestro pueblo y de nuestro tiempo, y sólo quería hablaros del hombre y de alguna de sus cualidades dominantes, y como fijar en el mapa intelectual contemporáneo, el punto de la constelación donde ha de brillar su estrella por la sucesión de los tiempos. Pero es forzoso decir que ningún escritor argentino, dentro de la marcha progresiva de sus ideas, ha mantenido una lógica, una cohesión, una hilación más homogénea y armónica de pensamiento y rumbo directivo, y que supo colocarse en la zona media evolutiva, esto es, entre la de aquellos "que no cambian nunca de opinión", petrificados en la imbecilidad, y los que cambian siempre de opinión, difundidos en la insensatez o en la locura.

Bien, Señores: no sé si he logrado trazar de nuestro ilustre amigo un retrato tolerable. Dentro de la modes-

tia y sincera dedicación de su vida a un ideal noble y elevado, según la ejemplar definición de Lord Haldane, y dentro de la tendencia científica moderna de clasificación del "grande hombre", podemos asegurar que los argentinos hemos perdido uno de nuestros grandes hombres, con la súbita, la inesperada, la cruel, la injustificable desaparición del Dr. Agustín Alvarez, de este mundo que fué para él teatro de estudio, escuela de educación, hogar de los más puros y altos sentimientos que ennoblecen la vida, cátedra de los más bellos y nítidos pensamientos sobre la felicidad y el bienestar de sus hermanos—los hombres todos,—y campo de acción de la más alta y pura filantropía: no la que da la moneda deprimente de la limosna, sino la que transmite al prójimo, al amigo, al suyo propio de su sangre y sus huesos, la ayuda suprema de su idea, de su saber, de su amor, y la esencia y luz de sí mismo para asimilarlo a sí mismo en una suprema exaltación de darse y difundirse en el alma de los demás.

Estos son los verdaderos grandes hombres; y no es necesario que vivan un siglo, ni llenen una época con su predicación, su enseñanza o su acción: bástales echar una semilla en el surco, lanzar un resplandor de su luz interior, comunicar un efusivo apretón de manos o un fugitivo abrazo de amistad, para que su personalidad quede para siempre grabada en la memoria de los hombres, y para que la natural germinación de las ideas y de las virtudes perpetúe por toda una eternidad su paso por la vida. Estos son los verdaderos simbolizados por la luminosa fábula del ave Fénix de los griegos,—anuncio vago de la doctrina de la resurrección perpetua de las cosas y de los seres,—según la cual este pájaro sobrenatural, antes de morir reúne los ramos perfumados de la selva, forma con ellos su nido, lo enciende, y de sus llamas surge un nuevo Fénix, más joven y deslumbrante que el extinto. Y el fabulista medioeval agrega: "así el varón justo, reuniendo en un haz

todas sus virtudes y buenas acciones, debe conducir en medio de ellas su vida mortal, para renacer a otra vida feliz e imperecedera". Los que le hemos conocido, amado y sentido la confortante influencia de su sano y vigoroso espíritu y corazón, y todos cuantos hayan recibido de cerca o de lejos la comunicación de su alma por su palabra o sus libros, contemplarán conmigo en este momento de póstuma recordación, la nueva personalidad inmortal de Agustín Alvarez, en vuelo franco y dominando hacia la gloria verdadera, conquistada por la labor de la idea, y labrada en el corazón de sus contemporáneos, por la suma de sus virtudes, acrisoladas en la lucha y en el amor de sus semejantes y de su Patria.

JOAQUIN V. GONZALEZ

LAS DOS MANERAS

Tenemos dos maneras distintas de decir la misma verdad: con y sin juramento; dos morales distintas: la moral pública y la moral privada, cada una de las cuales puede coexistir con la peor inmoralidad en el lugar de la otra, como el aseo de la cara con la mugre de todo el cuerpo; dos sistemas de honestidad: el sistema de los que pueden y el sistema de los que no pueden defraudar; dos clases de capacidad administrativa: la mala que siempre reside en los que gobiernan, y la buena que reside siempre en los que no gobiernan.

Agustín Alvarez

El progreso.

Para los q. consideran el mundo como un lugar de espera de la vida futura entónces el H. recibirá el castigo de sus alegrías y la recompensa de sus pesares, a razón de cien por uno todo lo q. contribuya a mejorar la existencia del H. es un mal y el progreso, un consecuencia, una calamidad, una desgracia.

Pero la seducción del progreso es tan grande q. las mismas q. lo repudian de palabra lo aceptan y lo disfrutan de hecho, y si los marroquines se han sublevado contra el sultán Abdul Aziz porque usaba automóviles y bicicletas y se dejaba fotografiar, todos los países de Europa y de América y algunos del Asia, del Africa y de la Oceanía, están ganados para la causa del progreso. En diferentes grados.

Agustín Alvarez

Agustín Alvarez como sociólogo criollo

Paréceme tener aun ante mis ojos la figura inconfundible de Alvarez, con su chambergo algo terciado, sus ojos picarescos, el *rictus* característico de sus labios, la expresión burlescamente juguetona de su fisonomía, y aquella su voz tranquila y mesurada, que expresaba siempre el lado más sencillo y favorable de las cosas.... Lo cierto es que su figura era dechado natural de su ingenio; y desaparece con él un espíritu verdaderamente original, con temperamento hondamente satírico y con dotes de observador profundo. Lo atraía el fondo mismo de las cosas: gustaba desmenuzar su análisis, yendo hasta lo más recóndito del alma criolla; exageraba a las veces su pesimismo y su sarcasmo, para fustigar mejor lo que se le antojaba ser vicios de raza, de prejuicios y de atavismo, cual sépulosos abiertos para enterrar la honra y fama que quizá vivía. Parecía como si tuviera una inclinación irresistible a fisgar la naturaleza, haciendo de las burlas veras: y tuvo especial talento para mezclar el desdén con la risa. Pocos, como él, han desnudado más desapiadadamente a la hipocresía patriota y su "*Arte de hacer barbaridades*",—como tituló a su primera famosa disección de las costumbres nacionales,—hirió de frente preconceptos arraigados e ilusiones voluntarias. La originalidad de la forma, deliberadamente campechana, con que disfrazó sus labigazos, no pudo impedir que provocaran alaridos de dolor en los que se sintieron alcanzados por aquéllos, y la prensa de la época registra críticas acerbas, que respiran verdadera hiel, pero que demuestran que el golpe había sido certero y que la roncha acusadora era garantía de que un ojo avizor ha-

bía guiado a la fusta implacable. Hay, en algunas de esas páginas, retratos al carbón de gallos de aldea, pseudos personajes de copete, convertidos en prototíteres y archimuñecos, todos figurillas, todos inquietud: el autor hace de ellos burla y escarnio. La pluma de Alvarez era, en efecto, un agudo estilete y cortaba sin piedad en carne viva: esos estudios de sociología criolla bastarían para caracterizar su memoria como la de un satírico valiente y un fervoroso apasionado de nuestra nacionalidad, a la que buscaba limpiar, fijar y dar esplendor, combatiendo lo que consideraba ser lunares pasajeros, que una poderosa evolución histórica se encargaría a la larga de hacer desaparecer.

Más que su actuación posterior como educacionista, profesor y universitario; superior a su figuración transitoria como militar, primero, y más tarde como político, es aquella faz única de su personalidad lo que le abre por allí la puerta a la conquista de un puesto aparte en la historia intelectual argentina. Sin duda no estaba exento de prejuicios, cual el de cierta irreligiosidad volteriana, que aparecía algo trasnochada en una gran urbe mundial como es esta capital, pero que quizá tiene su explicación si se recuerda que le cupo actuar durante gran parte de su vida en centros provincianos más estrechos, por ende, a las influencias que el filósofo francés tanto combatió. Pero lo agudo de su ingenio, la certeza de su observación, la seguridad con que ponía siempre el dedo en la verdadera llaga y la valentía con que la exhibía ante el grueso público, le permitieron hacer su lecho con más seguridad y realizar una obra propia de sociólogo argentino, dejando libros que el historiador futuro deberá forzosamente, si ha de preceder diligente y maduro consejo, consultar para darse cuenta del estado de las costumbres sociales y políticas en un momento dado de nuestra evolución. El hecho de que ésta se realice con una rapidez sorprendente explica cómo, antes de que pasara un cuarto de siglo desde la aparición

de aquellos libros, se transformen éstos, de escritos de actualidad palpitante, en serenos documentos de compulsiva histórica.

Sin adolecer del defecto inevitable que engendra el personalismo del género de *Memorias*, los trabajos de Alvarez participan de las ventajas de éstas en cuanto dicen la verdad sin ambages, sin adulación a hombres ni a cosas; sin ese falso respeto por los acontecimientos y sus actores, que impide a los historiadores de épocas contemporáneas presentar los sucesos y los conceptos tales cuales son, con esa libertad de pensamiento y de expresión que seducen cuando, a través del tiempo, viene a darse a luz por vez primera lo destinado a la posteridad. No temió arrostrar las iras de los coetáneos, y escribió sobre lo que pasaba a su derredor como si sólo debieran conocerse sus trabajos una generación después: mostró inflexibilidad y rompió con impávido corazón por las dificultades. Intencionalmente dejó a sus libros desaliñados, sin quererlos retocar, cual si fueran pibes callejeros, rebeldes al baño higiénico y al vestido atildado, pero rebosantes de picardía, sin miedo a nada, sirviéndose de las piedras de la vía pública para tirar a mansalva sobre todo lo que despierte las iras incontenibles de su espíritu de salvaje independencia. De todo sacó argumento, y, sin azucarar la píldora, propinó enérgicos revulsivos a quienes fulminó como ilusos o como hipócritas. No hurtó nunca con destreza el cuerpo y conservó un ánimo invencible: esa valentía, no común, caracteriza su producción; sus ideales y sus prejuicios los expuso y defendió sin reticencias y sin atenuaciones, con una causticidad y un brío realmente seductores.

Su producción de satírico criollo, por desgracia fué solo pasajera. El tiempo, que todo calma y modifica, atemperó la filiosidad de su escabelo hasta hacerlo descansar amohosado en un rincón de su escritorio: el profesor universitario reemplazó al observador audaz y al humorista delicioso, si bien las letras nacionales y nues-

tos críticos e historiadores han de lamentar esa natural evolución. Pero fué en la plena madurez de su talento y en el mayor vigor de su mentalidad y de su energía que escribió aquellos libros, de manera que quedarán, respecto de su memoria, convertidos en el clásico *monumentum aere perennius*. Comenzó por echar en público, a un volteo de pluma, lo que entonces se llamó un diabólico libro; terminó dejando impresa su sabiduría en otro libro análogo, en el cual probó la pluma y el ingenio. Todavía, en la intimidad de su conversación chispeante, demostraba conservar intactas aquellas cualidades, pero la cátedra le imponía otra actitud, le exigía otros estudios, le obligaba a distinta producción.

Espíritu amplísimo, abierto a todos los estudios sociales, estaba familiarizado con los problemas sociológicos que agitan la mente humana: radical en sus ideas y por temperamento, no retrocedía ante las soluciones teóricas más avanzadas; socialista convencido, en el concepto genérico de la palabra, tenía en él las clases obreras un paladín esforzado, si bien repugnaba a la disciplina partidista y era demasiado original para someter su inteligencia al lecho de Procusto de un molde doctrinario ajeno, siquiera fuera el del más levantado marxismo. Encaraba las cuestiones sociales de nuestro país con espíritu criollo y no con sabiduría exótica; reflexionaba que las soluciones preconizadas por pensadores, formados en otro ambiente y con otro criterio, no podían aplicarse literalmente a una situación distinta, y creía que todo problema social debía ser estudiado con discernimiento nacional y local, si razonablemente había de buscarse desatar mejor el respectivo nudo gordiano.

Vigilaba con apasionamiento lo que pasaba a su vista en su patria, y se sabía que reunía los elementos de juicio para preparar, sin duda, alguna obra definitiva de observación propia; pero la dolencia que le llevó a la tumba y que antes ya le había dado un terrible alerta, fué poco a poco enfriando sus energías y quizá

había llegado a la convicción de que se necesitaba, para obra semejante, el aliento y el esfuerzo de años que para él ya habían pasado. La vida resulta así cruelmente injusta: cuando la experiencia y el ejercicio de las facultades permiten a un hombre desplegar condiciones de carácter superior, el desencanto de la existencia y la fatiga de la brega diaria debilitan el vigor y hacen perder el entusiasmo, sin los cuales no es posible emprender y realizar obra alguna de importancia.

La crítica que se ha hecho a la producción sociológica de Alvarez, en el sentido de no haber sido depurada por la serena calma de la edad madura, no es justa porque, con todos los inconvenientes de la época temprana en que se realizó, tiene a la vez las condiciones de empuje y valentía que le permitieron arremeter contra todo lo que le pareció menguado. Se le acusó de andar chismeando al mundo las faltas ajenas, siendo así que lo que hizo fué reprender en una sátira muchos vicios, por más que para ello tuviera que pasquinar continuamente los sucesos. Pero si en esa exuberancia incluyó no poco que quizá más tarde hubiera omitido o modificado, queda sin embargo su obra como el espejo fiel de un momento determinado, con sus luces y sus sombras, sus exageraciones y la natural deformidad del enfocamiento desproporcionado de una visión demasiado cercana. El sociólogo del porvenir tomará en cuenta dichas peculiaridades y depurará esos libros haciendo a un lado la inevitable maleza que, en ciertos rincones, evidentemente parece ahogar al paisaje; tales como se encuentran, aquellos escritos son irremplazables, porque no existen otros análogos relativos a dicha época.

De ahí, que Alvarez fuera tan hondamente apreciado por quienes le habían conocido en las diversas fases de su vida; era notoria a todos la experiencia de su ciencia. Y por eso — al acceder gustoso al pedido de esta revista para sintetizar mi opinión sobre aquél —

es que experimento honda satisfacción al reconocerle vasallaje y tributar este homenaje al pensador, al satírico eriollo y al paladín de sus propias convicciones.

ERNESTO QUESADA

EL PROGRESO

El progreso es como el sol, que alumbra primero a las altas cumbres, en seguida a las altas mesetas, luego a las llanuras, después a los valles estrechos y que rara vez penetra en los sótanos, y así las nuevas verdades nacen en las eminencias del pensamiento, ganan en seguida a los espíritus cultivados y abiertos, se propagan después a la masa ilustrada, se infiltran finalmente en el común y rara vez alcanzan hasta esas bodegas o depósitos de espíritu fósil que son las congregaciones sectarias, donde las gentes continúan todavía creyendo en brujas y en duendes, en amuletos y reliquias, cuando han sido ya descubiertos los correspondientes secretos de la naturaleza.

Y en consecuencia el progreso se realiza por partes, desde que hay partes de la sociedad que lo desean ardentemente, otras que lo desean tibiamente, otras que lo toleran y otras, finalmente, que lo repudian. Estas partes tienen diferentes modalidades, diferente extensión e intensidad en los diferentes países, y estas mismas proporciones vienen variando, es decir, creciendo desde el siglo XIII — en que la tendencia progresiva tuvo su origen en el Renacimiento — hasta hoy en que va llegando a tener una influencia predominante, porque las naciones no pueden prescindir de los beneficios de la libertad, la ciencia y la moral nuevas, sin decaer y quedar a la merced de los más fuertes.

Agustín Alvarez

Discurso del señor Ernesto Nelson

por el Museo Social Argentino (1)

En nombre del Museo Social Argentino, del que Agustín Alvarez era vice-presidente, vengo a cumplir el tristísimo deber de darle la última despedida; pero me ha de ser difícil el escoger en el vocabulario del dolor las palabras que cuadran a mi representación, prescindir de los sentimientos íntimos del amigo que lo despide y que tanto debe al trato con su espíritu, henchido siempre de cosas nobles y hermosas.

Y a todos los que traigan aquí una representación pública, les será igualmente penoso acallar las voces del corazón, pues la característica de Alvarez era la de impregnar de cariño hacia su persona todo ambiente en que penetrara. En lo privado como en lo público, no podía tratársele sin admirarlo, pero, sobre todo no se le podía admirar sin amarlo, porque la admiración que despertaba no era de esas que retraen la confianza, ni menos de las que a veces ofrendamos a los espíritus superiores como un homenaje doloroso de nuestra inferioridad, puesta de manifiesto en el trato con ellos. Por el contrario, las irradiaciones de su alma hacían destellar todas las que se ponían bajo su magnética influencia, y todos nos hemos sentido siempre más fuertes, y sobre todo más buenos a su lado.

Alvarez se daba por entero a la amistad, sin que por eso su corazón tuviese un polo de antipatías contrapuesto al de sus intensos afectos; pues no obstante sus conocidas campañas intelectuales que han hecho de él un corifeo del liberalismo, su corazón, inocente de odios, era incapaz del más leve rencor hacia los hombres. Sí; su

(1) Pronunciado en el acto de inhumación de los restos del Dr. Agustín Alvarez

corazón era tan abierto como su hogar, que proporcionaba un techo amigo al paria de las calles como a los huéspedes ilustres que lo eran a la vez de la República. Y como el buen fuego, que conforta igualmente al señor y al plebeyo, al hombre y al animal, su grande y generosísimo espíritu solazaba por igual a las eminencias del mundo como al desamparado muchachuelo que acudía a él seducido por la atracción irresistible de la simpatía. Es que su modestia era casi un pudor de su alma, a la que repugnaba toda exhibición que pudiera parecer calculada para eclipsar méritos ajenos; y así como rehusaba por un delicadísimo instinto de su corazón, toda indumentaria que lo singularizase en detrimento de los demás, así también su palabra escogía siempre las prendas más sencillas para vestir sus nobles ideas, que adquirían un significado familiar y asequible para todos.

La característica de este acérrimo demócrata, de este santo agnóstico, fué el servicio social, que convirtió en religión de su espíritu y cuyo ritual le vimos siempre practicar hasta en su trato con los más humildes. Para su filosofía personal, servir a los demás constituía el más alto de los destinos humanos, y a fe que sembró el camino de su vida con pequeños y grandes sacrificios, de cada uno de los cuales brotó una flor de altruismo. Por eso su nombre en el Consejo Superior del Museo Social Argentino, constituía por sí sólo un programa de acción generosa, una bandera blanca pronta a cobijar toda forma militante del amor y el desinterés.

Su grandeza, que no le impidió nunca descender al niño y al humilde, convirtió su propia vida en una lección viviente de humana simpatía.

Hoy la muerte magnifica la obra de su preclaro talento y de su noble brazo; y el ejemplo que nos diera en vida adquiere nueva autoridad al hablarnos desde esta tumba.

ERNESTO NELSON.

Discurso del Dr. Ricardo Levene

por la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Plata y la Asociación Nacional del Profesorado (1)

Señores:

La Facultad de Ciencias Jurídicas de La Plata y la Asociación Nacional del Profesorado, en cuyas filas actuó don Agustín Alvarez, entre los primeros, y cuya presidencia ocupó por dos períodos consecutivos, me han encomendado de despedir estos restos mortales, para decir la palabra de emoción entrañable que acaba de agitar el corazón y el pensamiento del magisterio.

Aunque previsto, el golpe ha sido desconcertante, como el de la recia caída de una columna, o, mejor dicho, como si una violenta sacudida hiciera temblar los cimientos bajo los pies y sembrara la alarma en los espíritus.

Era Agustín Alvarez la más alta y definida expresión del liberalismo moderno, cuya pluma, como su vieja espada de soldado, fué de combate, de rudo e incesante batallar.

Militar, abogado, escritor y maestro, fué, sobre todo, esto último. Su escena era la cátedra, desde donde hablaba sin teatralidad ni elocuencia ruidosa, pero desde donde penetraba, descubría y decía de manera fácil, pero inimitable, el secreto oculto de hombres, sucesos y épocas.

Tenía la inquietud espiritual del filósofo, que define los hechos por sus causas o caracteriza los hombres por sus pasiones; y, bisturí en mano, exhibía la operación limpia y sencilla, que ponía a aquéllos y a éstas en descubierto. Entonces, como se refleja en las páginas de sus libros o como él lo decía espontáneamente en sus conversaciones familiares, formulaba, en términos breves

(1) Pronunciado en el acto de inhumación de los restos del Dr. Agustín Alvarez.

y rotundos como un teorema, la ironía punzante, destruía de este modo los dogmas cerrados o los credos sin examen, y sobre la tierra aun removida, cultivaba diligente este amor que ponía por encima de todas las cosas: la ciencia.

De esta vida, que fué múltiple, quedan sus libros como etapas de un largo recorrido; pero queda también el ejemplo de un fondo incommovible de su carácter, que sustentó sus ideas, de la línea invariable de conducta, recta como un rayo de sol, que nada ni nadie pudo desviar jamás; de la enérgica y consecuente acción que dió a su obra, compacta y orgánica, el sello inconfundible de su personalidad.

La vida del fruto es precaria cuando lo es la vida del árbol que le alimentó: la vida de una idea, de una pasión, de un apostolado, está regulada y medida por la sinceridad, por el carácter, por el calor de alma en cuyo seno nace y a cuyo amparo se agiganta o muere. Y árbol robusto y frondoso será la semilla sembrada por Agustín Alvarez, y sombra auspiciosa y protectora será su sombra, porque su apostolado — de difundir la cultura y hacer la luz en los espíritus — servido con abnegación y con carácter, fué el apostolado de Sarmiento y de Ameghino.

RICARDO LEVENE.



Agustín Alvarez

Algo de lo mucho que nos enseña su vida

La robustez del talento del tan llorado ciudadano, su ilustración vasta y hasta la profunda orientación sociológica de su producción periodística, literaria, didáctica, etc., son cumbres vedadas a la generalidad de los mortales, desde que por definición son pocos los varones que alcanzan a dominar esas alturas en las sociedades humanas.

Pero la sinceridad perfecta sí puede existir en la vida de un hombre; la sencillez y la austeridad ingénitas; la bondad inagotable; el completo desinterés; la nobleza múltiple de su carácter y tantos otros tesoros de su personalidad original — única en nuestro ambiente — pueden ser temas de constante ejemplarización, que la generación que vivió con él podrá presentar a las que vienen detrás, como un magnífico modelo digno de inspirar sus pasos en la marcha hacia la perfección que estimula al hombre sin descanso y transforma paulatinamente a las sociedades.

Y así también su optimismo enérgico; su inmensa fe en el futuro; su religión basada en la ciencia y en los progresos espirituales que fundamenta en ese libro admirable, *Orígenes del mundo moral*. — “Es un nuevo Sarmiento”, decían muchos al oírle o al leerle; pero cuando le trataban de cerca, cuando escuchaban las cosas profundas, intensas, singularísimas que exponía suavemente y como al descuido sobre temas tan diversos, no podían reprimir un movimiento de admiración que iba por un proceso natural creándole un círculo cada vez más vasto y selecto de amigos, de discípulos, que rectificaban: “Es el Sarmiento del siglo XX, que vive

en su tiempo y mira al porvenir frente a frente, sin cobardías, porque, como el otro, lleva en su cerebro un mundo plétórico de ideas que a su vez son vidas.”

¡Y su energía! Esa mansa actitud que era en él tan espontánea como todas sus actitudes y que sin embargo poseía las rigideces del cristal. Nadie que le conociera bien hubiera osado desviarle del camino que se trazara, porque sabía que era tarea inútil. Severo en juzgarse y en juzgar a los suyos, era absurdo suponer en él debilidades; a la vez que fué tolerante y generoso con los demás, lleno de amor al prójimo y magnánimo con los errores ajenos.

Su modestia, realmente excesiva, era proverbial. Jamás buscó el éxito por la satisfacción corriente del triunfo; de modo que al brillar con luz propia y fuerte, puede decirse sin exageraciones que ello ocurrió a pesar suyo. Por eso su desaparición deja, junto con el recuerdo vigoroso de sus virtudes y de su talento, algo así como un delicado perfume que conforta y hará perenne su memoria.

De pocos, de muy pocos hombres superiores podrá decirse lo que de él: fué siempre bueno; derramó el bien a manos llenas; buscó sin desfallecimientos la perfección eterna de la raza; fué un grande y completo filósofo.

Bendigamos su paso por la tierra y presentemos su ejemplo a las generaciones sucesivas como la verdadera fuente de su felicidad y de su progreso.

PEDRO A. TORRES



Discurso pronunciado por el Coronel

Alberto M. Noailles

**Director de la Escuela Superior de Guerra, en
nombre del ejército (1)**

Señores:

Hace pocos meses, al ausentarse para Mar del Plata, con el objeto de reparar energías perdidas, me decía el doctor Alvarez: "Voy, mi coronel, en busca de un reposo necesario, y al reconquistarlo, todas mis actividades, así como toda mi capacidad profesional, serán para la Escuela".

El era en la Escuela Superior de Guerra el profesor de derecho internacional, y supo siempre en su cátedra dignificarla con la profundidad de sus conocimientos, que se armonizaban con el cariño que sentía por el ejército.

Desgraciadamente, sus nobles propósitos no han podido cumplirse.

El militar culto y pundonoroso, el juriconsulto de alto vuelo, el amigo leal y caballero en todas las manifestaciones de su vida, el escritor ameno y profundo a la vez, ya no podrá satisfacer sus patrióticos anhelos.

Ha caído vencido sólo por quien podía torcer esa férrea voluntad de trabajador incansable, por la ley de la evolución que, aunque natural y lógica, produce siempre desgarramientos y levanta una protesta airada, porque los que seguimos en la senda, sentimos el vacío de un ponderado afecto, para consolarnos únicamente con el recuerdo cariñoso y respetuoso de sus consagraciones nobilísimas.

El doctor Alvarez, que por su talento y fecunda actividad supo hacer compatible la milicia con el derecho, reunía todos los atributos que en los hombres escogidos

(1) En el acto de inhumación de los restos del Dr. Agustín Alvarez.

hacen que sus méritos traspasen las fronteras del propio suelo y sean un exponente honroso para la patria.

Sus obras de amenidad y erudición, de conceptos doctrinarios elogiados en la severa crítica y sus propias lecciones en las facultades nacionales, nos dejan una enseñanza que para él serán el más legítimo homenaje en esta hora de tribulaciones angustiosas para el país, para sus camaradas y para sus discípulos:

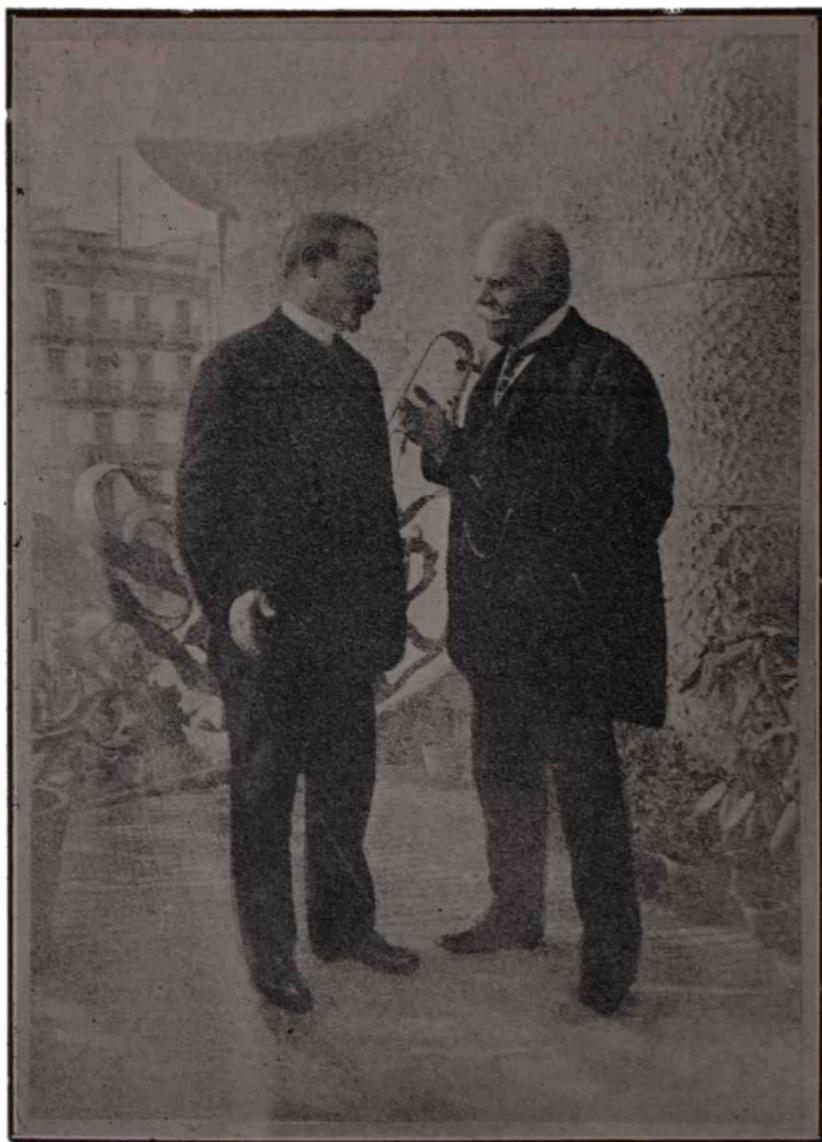
En todas las manifestaciones de su actividad tuvo el doctor Alvarez la noción clara de sus deberes y responsabilidades, y así como ha podido legarnos en su paso por el Ejército, al que amaba con la sangre de su tradición y cuna de progenitores mendocinos, amables y hondos afectos; del mismo modo que en sus lecciones el pensamiento político evolucionaba encuadrado dentro del marco irreductible de las doctrinas más en armonía con la ciencia moderna y el sentimiento de la nacionalidad, al que rendía respetuoso homenaje, sobre todo cálculo o método experimental.

Es por este conjunto de cualidades, señores, que la desaparición del doctor Agustín Alvarez ha producido tan intensa pena en el Ejército y en la sociedad, mientras en el mundo de las letras queda el monumento de sus obras, para que la gratitud nacional le rinda un tributo merecido, difundiéndonlas con legítimo orgullo.

Señores: Como Director de la Escuela Superior de Guerra, he creído cumplir con un deber, en el que interpreto el de todos los jefes y oficiales que fueren sus alumnos y camaradas, dando la última despedida al querido e inolvidable jefe del Ejército, al sabio maestro, al amigo incomparable.

ALBERTO M. NOAILLES





UNO DE LOS ÚLTIMOS RETRATOS DEL Dr. ALVAREZ

Conversando con el Dr. Gache, Cónsul argentino en Barcelona

La obra filosófica de Agustín Alvarez ⁽¹⁾

Señores:

La desaparición de un filósofo, es siempre una hora de duelo para la libertad. La muerte de un pensador, es siempre un acontecimiento luctuoso para la ciencia.

En cambio, determinan una consideración atenta de sus doctrinas, y dan ocasión para que se les estreche en un examen crítico enérgico y en una revisión formal; lográndose que las enseñanzas de su obra se condensen y perfilen en el ambiente que las provocara.

Y como al avanzar las tinieblas sobre el valle, ha de aguzarse la visión si intenta percibir en el panorama, la acción poderosa del infatigable fecundizador del universo, así mi espíritu deberá aguzarse hasta su visión perfecta, en la dirección dada, para abarcar el conjunto de la obra de una mente esclarecida, y analizar el sistema científico que la constituía, ahora que la luminosa fuente no emite nuevos rayos; ¡uno solo de los cuales habría bastado para mostraros su concepto arquitectural con precisión indeleble!

Pero el espíritu sólo se aguza por la voluntad y el estudio, y para comprender y presentar a Agustín Alvarez, bastaba inspirarse en su propio ejemplo tan valeroso y desembarazado de todo temor y dispuesto siempre a lanzarse al combate rudo, cuando se le fijaba un puesto en la lucha. La voluntad y el estudio están siempre al alcance de quien desea esgrimirlos y de tales armas me he vestido para entrar en la empresa arriesgada que se me confiara.

(1) Discurso pronunciado en el acto de público homenaje á la memoria del Dr. Agustín Alvarez, el 25 de Junio de 1914.

Señores:

El sistema filosófico de Agustín Alvarez no ha aparecido nunca en una obra sintética que lo resumiera de un modo general, pero se manifiesta en sus libros y discursos y pensamientos, que no sólo no forman una serie de ideas desligadas e independientes entre sí, sino que constituyen un conjunto de unidad verdadera, tan definido y compacto, que sus principios comprenden los elementos metafísicos necesarios para construir sobre ellos una doctrina científica, rigurosamente sistemática.

Lo fundaba sobre una virtud primera que poseía en grado sumo: la libertad interior en el raciocinio, que era para él la base y fundamento exclusivo de la moral, de la que a su vez derivaba, como por único camino, la felicidad individual y colectiva. Así, la doctrina de Alvarez reposaba sobre este irrevocable sistema de conceptos filosóficos correlativos: libertad, moral, bienestar general.

Ninguna conquista debió ser más difícil para el hombre que la del concepto de libertad; el espectáculo de la naturaleza debía aparecer, para su cerebro rudimentario como la expresión inmediata del principio de sujeción a la fuerza o la astucia y desarmado para el combate contra los demás hombres, — sus mayores enemigos, — debió reducirse a la voluntad del más apto, ignorante aun, como el resto de la creación, del sentido del bien y del mal.

Pero en un examen más atento, la naturaleza había de presentársele, luego, como la madre de la libertad y su permanente observación hubo de conducirlo al fin a concebir la libertad primero y aspirar a ella después.

La libertad, pensaba Alvarez, tiene dos términos de ejecución irreductibles. Es el primero alcanzar a concebirla; es el segundo llegar a practicarla. Uno es la libertad interna en la elaboración del raciocinio; otro es la libertad externa y el goce de ella. Uno por el ca-

mino de la voluntad, conduce a la virtud; otro por el camino de la inteligencia, conduce a la sabiduría.

La libertad interna es un proceso mental de evidente magnitud, decía Alvarez y veámos cómo.

Para develar la verdad, necesario es apoyarse sobre el principio de la libertad del espíritu en la observación de la naturaleza, en el análisis de los hechos, y en el proceso de los raciocinios.

Vano será que la contemplación de los fenómenos que constituyen la existencia del universo, pueda ser realizada con los sentidos libres de toda traba, si el espíritu que ha de considerarlos o el raciocinio que ha de juzgarlos vive encarcelado entre prejuicios que dificultan o mutilan su libertad de juicio. El conocimiento es el resultado de la elaboración a que el espíritu humano somete los fenómenos que sus sentidos perciben; es el raciocinio aplicado a la percepción. Y el conocimiento no puede ser exacto y respetable, si en todo el mecanismo de su formación no ha presidido la libertad de observación, seguida de la libertad de análisis.

Por esto Alvarez provocó la creación de una escuela de libertad en la elaboración del raciocinio, y a tal fin concurrían todos sus esfuerzos, difundiendo con grande perseverancia de acción y valentía sin desmayos, la necesidad de desembarazar el espíritu de los cerros imaginarios que lo confinan en el angosto recinto de los preconceptos y errores heredados, mantenidos al través de los tiempos y de los hombres al amparo de la inercia de la razón, y que huyen y se desvanecen al menor esfuerzo de la visión espiritual educada, como nubes que dispersa el soplo soberano del pampero vivificador.

Como fenómeno interno, la libertad en la elaboración del raciocinio, es el arma más poderosa de que dispone la filosofía para su propio desenvolvimiento y progreso, y el instrumento principal que utiliza la ciencia para construir su edificio indestructible.

Concebida al nacer de la filosofía griega, en la era del examen, no pudo concretarse sino cuando se fundaba la ciencia, en el período de la máxima grandeza helena: Aparecen entonces Platón y Aristóteles creando el verdadero concepto político de la libertad.

Platón edifica su artificiosa "República", que se levantaría sobre la justicia y la virtud; la grandeza de la sociedad residiría en estos tres atributos primeros de cada uno de sus individuos: la fortaleza, la prudencia y la justicia, obtenidas merced a la unidad del régimen, a la que consideraba como la perfección final en el orden social o moral.

En el sistema de Platón aparece un estimable esfuerzo hacia la libertad interior, pero sacrifica en cambio sin piedad la libertad externa, porque la unidad del régimen que preconiza y el poder del gobierno debían concluir por aniquilar la libertad individual; donde hay absoluta unidad, no hay libertad y donde hay codificación superabundante y expresa, con excesiva preeminencia del Estado, tampoco hay libertad. Y sobre todo, no hay ciencia, donde sólo hay abstracción pura, y Platón debió llegar y llegó a negar al hombre la posibilidad de la ciencia, que radicaría exclusivamente en el seno de Dios. Coinciden así en un punto Sócrates y Platón.

El sistema platoniano fué rectificado violentamente por Aristóteles. Este famoso maestro del saber humano es un ejemplo encumbrado de la libertad interna en la elaboración del raciocinio. Su soberana razón, examina los hechos de la naturaleza, en un análisis independiente de todo otro juicio, y establece con ella las conclusiones finales de sus observaciones, para generalizarlas luego en una inducción impecable. En sus raciocinios no se introduce jamás ninguna noción ajena a la cuestión, ningún concepto cuya verdad no hubiese establecido de antemano, por el ministerio de sus propios sentidos o de su propia razón; creyendo que la ver-

dad es una y el error multiforme, habíase preparado para defenderse del error con energía.

La "Política" de Aristóteles es una reducción magistral del principio de la libertad interna. Concibe al Estado como una reunión de individuos que practican la virtud, y está él mismo dirigido por la Justicia; las funciones públicas se entregarían a la virtud y el talento, pues sólo en ellos puede residir la justicia y alcanzarse el bienestar general. La libertad de cada uno y la libertad de todos, lograrán crear la asociación capaz de procurar una vida perfecta, en el seno de la abundancia; he aquí la moral y la felicidad labradas por la libertad. Salvo que los hombres estén sujetos a las pasiones, y el Estado debe ser sólo dirigido por la razón, que se traduce en la ley; he aquí el principio constitucional del gobierno. No le faltó, sin embargo, su pavoroso error: la esclavitud, aun cuando establece que el Estado es una asociación de hombres libres, bajo el gobierno de una ley que contemple el bienestar común.

Pero pocos siglos habían de pasar, para que apareciese sobre la tierra la figura generosa y ciclópea de Cristo, y su sabia doctrina moral, y pocos más para que un dogmatismo trágico y monstruoso, se apoderase de ella para embanderar las conciencias y clausurar las mentes. La Iglesia se había levantado de frente a la filosofía y a la ciencia, y deformando y aun demoliendo el sistema moral de Cristo, despertando el fanatismo, que siempre palpita adormecido en el seno de la ignorancia, se propuso substituir sus dogmas al proceso del raciocinio y las especulaciones de la ciencia, y lo alcanzó y mantuvo en largos siglos de espantosa tiniebla.

Tamaño iniquidad debía herir gravemente, por cierto, toda libertad de conciencia, y cuando la gran enemiga adquirió el poder y la fuerza, se constituyó, lo que es en ella orgánico y natural, en el verdugo implacable de la libre discusión filosófica y del libre examen, es decir, de la sabiduría, y para sostenerse fundó la in-

tolerancia arremetiéndole contra la libertad, en el Estado, en la sociedad, en el hogar, en las conciencias.

Pero en vano; la aspiración al bien y a la perfección es atributo orgánico en el hombre; el derecho a la libertad es conciencia de la materia pensante. Y así, mansamente, silenciosamente, la derrota de la Iglesia se ha operado por los estallidos incontenibles de la filosofía y la ciencia, que nada podrá abatir ni detener. Quince siglos de horror fueron necesarios para reconquistar los dones supremos con que la naturaleza ha adornado al hombre, y en esta lucha tormentosa, la Iglesia ha concluído por herirse con su puñal envenenado; y languidece hoy olvidada por la filosofía e ignorada por la ciencia. Alvarez no le perdonó jamás su nefando delito, y su vida entera se consagró a reducirla al altar y desterrarla de la vida pública y privada, aún de los pueblos indignos de la libertad, que aun gobierna.

El dogmatismo crudo, no fué nunca tan agresivo ni dominante, como en la enmudecida Edad Media, y luego que las grandes conquistas de la ciencia produjeron el despertar de los cerebros, en los tiempos modernos, fué de nuevo posible pensar en la libertad, que tímidamente empezó a renacer por doquiera.

Dos peripatéticos insignes provocaron este renacimiento esplendoroso: Averroes, que presentó de nuevo a la consideración del mundo el método filosófico de Aristóteles, en sus "Comentarios", y Alighieri, que fundó en su "Comedia" una doctrina moral más enérgica y humana que la imperante del cristianismo, y ambos que concurren a despertar en los tiempos, el amor a la sabiduría y al arte, recordando los nombres olvidados de los grandes pensadores y poetas de Grecia y Roma.

La ciencia conoció, a poco andar, horas de grandeza sólo comparables con las que le proporcionara la escuela de Alejandría, y sus descubrimientos fueron de tal magnitud y variedad que la estructura política y

social del mundo civilizado hubo de cambiar a sus impulsos.

Vino entonces el renacer del arte, en sus faces todas, iniciado y presidido por Dañte; los descubrimientos geográficos por obra de Colón; los astronómicos por obra de Copérnico; la invención de la imprenta por Guttenberg; y finalmente, la sujeción del movimiento del universo a las leyes matemáticas, por Kepler.

Cada una de estas conquistas lo fué para la libertad.

Su condensación expresiva aparece en el "Espíritu de las Leyes" de Montesquieu, solemne precursor de la conquista definitiva de la libertad interior, que había de realizar la humanidad o los esfuerzos de la filosofía crítica.

Montesquieu ha practicado en su obra un análisis perfecto de la libertad pública, desde el punto de vista del Estado, y sus teorías comprenden todos los grados del problema; contempladas desde la hora presente, en que la agitada vida del siglo ha conglomerado la mayor suma de experiencia sobre la cuestión, la estructura de su sistema, no se debilita, porque parece haber agotado cuanto la historia pudo decir, hasta su época, y cuánto puede expresar la libre discusión filosófica. Y es desde este punto de vista que Montesquieu se engrandece en el campo de la libertad de la elaboración del pensamiento; su exposición y examen de las teorías opuestas a su sistema, es un ejemplo insuperable de la libertad de juicio; los términos de la cuestión aparecen agotados, y en todo su trabajo se advierte una prudencia excepcional, para juzgar los argumentos, que se impone desde luego, y que se basa, justo es decirlo, en el sistema de Descartes.

La obra de Montesquieu, en primer término, y de Voltaire y Rousseau luego, enuembrados ejemplos de la libertad de pensamiento, concentran de nuevo todas las resistencias: la Enciclopedia de D'Alembert y Diderot es condenada al fuego, Voltaire aprisionado,

Rousseau desterrado, cuanto representa espíritu nuevo, sofocado y oprimido, sus traducciones prohibidas y perseguidas, las librerías e imprentas clausuradas, los filósofos anatematizados por la Iglesia y por la Facultad de Teología. Pero la persecución es artificial; el siglo ha aceptado ya las nuevas ideas, conformes con los tiempos que llegan, y a poco andar, Turgot escala el Ministerio y la resistencia se derrumba.

El espíritu nuevo, la libre discusión, la razón despierta, lo invaden todo: el Estado, la sociedad, la academia y el teatro; las ciudades y las campiñas; las chozas y los palacios; las plazas y el trono; el pueblo y la nobleza, y las prisiones, en fin. Se abren ya las puertas de una nueva edad.

El salto de Aristóteles a Montesquieu (cerca de dos mil años) no puede parecer demasiado grande ni suscitar susceptibilidades entre los partidarios de determinadas escuelas; sólo habría faltado citar, y quedan citados de paso, el "De monarchia" de Alighieri y el "Príncipe" de Maquiavello.

Montesquieu establece el principio de que en el Estado de la naturaleza los hombres nacen realmente en la igualdad, que la sociedad les hace luego perder; corresponde, pues, a la sociedad devolverlos a la igualdad, por ministerio de la ley. Sus invectivas contra la monarquía, de la que es menos defensor de lo que parece, terminan afirmando que el Estado popular, para sostenerse, debe estar sometido a un régimen más que los otros, que es el de la virtud. "El santuario del honor, de la reputación y de la virtud parece residir, agrega, en la república; y la república es el gobierno de la igualdad y de la libertad".

De Montesquieu a Rousseau, casi coetáneos, aparece Voltaire, cuya influencia en las masas no podría negarse. Estudia la historia con un espíritu de crítica filosófica libre y firme, e invariablemente en guardia contra todo prejuicio; pero Voltaire tenía un criterio filosófico, a menudo más estético que ético; sus análisis

no están siempre basados en la justicia, pues llega a bastarle y satisfacerle la elegancia de la forma y de las cosas y se contenta en considerar las apariencias exteriores y sus aspectos superficiales y mundanos. Su moral individual, un tanto fácil, estaba, sin embargo, contrapesada por una moral pública impecable, fundada sobre el respeto a la dignidad humana y a los derechos del hombre. Fué el heraldo de la tolerancia religiosa.

Más grande que todos, Rousseau fué la encarnación de la belleza moral; su estoicismo, su entusiasmo por lo bello, su fe pura, su patriotismo y liberalismo, lo constituyen, con su espíritu filosófico supremo, en el más alto exponente de la causa de la libertad, y en su soldado más eficaz. Su propósito más fundamental, proseguido siempre al través de todas sus obras, es la reivindicación de los derechos del hombre, otorgados por la naturaleza, contra los artificios corruptores de la civilización; su moral es la moral natural. Los errores de su filosofía política no pueden sorprender, cuando se considera el aspecto afectivo y sensualista de su sistema, en un campo de acción tan complejo y vario como lo es el gobierno de la sociedad, y cuando se recuerda el carácter especulativo de su doctrina; sólo Montesquieu, con su método histórico, podía librarse por completo del error, en materia tan difícil, y apenas con él el sapientísimo Locke, el gran filósofo inglés, padre del liberalismo, que fundaba la libertad en la razón.

Dígase lo que se diga, Locke es el precursor de Montesquieu y éste el de Rousseau. Montesquieu adopta el método experimental para sus estudios, y Rousseau el especulativo; y así como el sistema político de Platón de nada pudo servir a Aristóteles, pues la abstracción o la razón pura habían precedido a la experiencia, así la moral política de Montesquieu pudo ser íntegramente utilizada por Rousseau, pues se había seguido el camino inverso, que es el que conduce a la verdad; la razón había considerado los frutos de la experiencia.

Los análisis de Rousseau invaden la constitución

íntima de las cosas, sin detenerse en el detalle, y las presenta descarnadas, sin relato mental alguno; su espíritu científico es de una hermosa libertad de pensamiento, y en sus juicios sólo interviene la experiencia y la razón libres y despojadas de influencias ancestrales; renunciar a la libertad — dice — es renunciar a su calidad de hombre, y es suprimir toda moralidad en las acciones, suprimir la libertad de la voluntad. Pero el conflicto entre el Estado y el individuo se plantea desde luego en el “contrato social”, y Rousseau, demasiado absorbido por el bien común, sacrifica el individuo al Estado. y por ende el Estado mismo: un Estado cuyos miembros han abandonado toda libertad, no puede ser estado libre por mucho tiempo, porque la libertad es la madre de la iniciativa y de la justicia, y por lo tanto del saber y de la moral.

Pero con todo y a pesar de todo, la Revolución Francesa se hallaba en marcha; Montesquieu y Rousseau la habían decretado y la debilidad de la monarquía la realizaba; la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano consagra los principios de igualdad y libertad, que quedan a poco andar incorporados a la legislación universal.

La libertad en los raciocinios de un grupo de sabios había realizado la gran conquista humana; faltaba sólo universalizar esta libertad interior, que, decíamos, ha de conducir a la virtud, por el camino de la voluntad. Tal el empeño generoso de Agustín Alvarez, que honramos aquí. ¿Cómo realizarlo? Por la educación, decía Alvarez, que encamina hacia el bien y fortalece la voluntad que permite realizarlo, llegándose así a la posesión de sí mismo.

La educación emancipa, coloca la mente en presencia del bien y el mal, de la virtud y el vicio, y le enseña a pensar sobre las consecuencias de cada acto humano; desde luego, suprimirá el mal inútil, el que no puede producir ningún beneficio, ni aun aparente — y siempre lo sería — al que lo practica.

El mal no puede nacer de la sabiduría. La educación mejora el alma del individuo, como la instrucción mejora su inteligencia, y juntas conducen a la virtud; y si se reconoce la autoridad absoluta de la virtud y el saber, debe agregarse, además, que encarnan el espíritu crítico, de modo que si con ellos es posible el delito o el error, no se vive jamás a ellos encadenado.

De la perfección del individuo — pensaba Alvarez — nace el bien general y, por tanto, la moral; y la perfección del individuo lo conduce a la virtud, que es el resultado del libre examen.

La virtud es una fuerza moral militante, a diferencia de la santidad, que es fuerza moral pasiva. La virtud es un deber, que se cumple con un dado esfuerzo, en tanto que la santidad es un placer, al que se acude con agrado.

La libertad interior — ha dicho Kant — es el único principio de la virtud. “El hombre es tanto más libre, ha dicho un considerable pensador argentino que nos acompaña aquí, cuanto más comprende su propia naturaleza, la posición que ocupa en la sociedad y la importancia que su acción tiene en el destino de sus semejantes”.

Preparada la mente para la virtud, y robustecida la voluntad para su ejercicio, por el ministerio de la educación y el libre raciocinio, el hombre se habrá engrandecido a sus propios ojos, y su obra como factor social lo habrá hecho apto para la democracia y para el uso de la libertad que las instituciones le aseguren.

La virtud — dice Kant — es nuestro verdadero y mejor título de gloria, y adquirirla es hacerse acreedor a la gratitud humana. Con la educación de la mente, que conduce al bien, y la de la voluntad, que lo lleva a la virtud, el hombre es un ser independiente y justo, y con él, pensaba Alvarez, quedarán abatidas todas las banderías y dogmatismos y todas las cadenas mentales; el espíritu humano podrá volar libre y sereno en la di-

recepción predilecta, como el cóndor cruza el espacio: tendidas las seguras alas y vigilante la pupila.

Pero el vuelo del espíritu humano debe estar amparado por la tolerancia social; la libertad interna debe dinamizarse bajo la protección de la libertad externa y ésta, adquirida y codificada, debe hallarse sin cesar vigilada por el individuo y la colectividad, para que su decadencia no se realice por efecto de la incuria general. El individuo pues está obligado a defenderla y practicarla, y para ello, el camino señalado es el de la instrucción. Es principio fundamental de gobierno — dice el mismo pensador argentino — el que reconoce la necesidad de la instrucción como base de la libertad; ésta existe hoy por la cultura del espíritu humano, que la ha descubierto como un propio atributo y proclamado como un derecho de los hombres y una alta misión del Estado.

La instrucción cultiva la inteligencia, perfecciona la razón y enriquece el espíritu, formando el caudal de conocimientos que es base de la sabiduría.

La educación y la instrucción forjan, pues, la virtud y la sabiduría, y como éstos, son el material necesario y suficiente para establecer la moral; quiere decir, en último análisis, que la libertad es el fundamento de la moral. Tal también la teoría de Alvarez.

Su pensamiento tendía, en moral, a sobreponer la ética a la jurisprudencia, y en su sentimiento de justicia campeaba siempre un espíritu de misericordia, dirigido por dos aforismos generosos: "Homo sum..." de Terencio y "Tout comprendre..." de Mad. Stael.

No hay moral donde no existe libre examen, y la moral era para Alvarez un sistema ético capaz de producir la felicidad del individuo y de la sociedad, asegurándole la libertad externa y procurándole la libertad interior.

La moral es un sentimiento estético. Aparte de su

es-encia ética, sus fundamentos han sido eternamente discutidos por la filosofía y la religión.

La moral, en sus diversas formas, es tan antigua como la reflexión humana, y como la agrupación de los hombres en colectividad, aparece en los primeros tiempos, como un mandato divino; esta revelación de orden religioso se observa lo mismo en los vedas que en el deuteronomio; la moral se confunde con la religión. El Budismo presenta una moral humana y fraternal, pero estableciendo un régimen riguroso de castas; en el Brahmanismo, la moral budista se ennoblece y purifica acercándose a la moral cristiana. Para Confucio la moral es el perfeccionamiento de sí mismo. Los fundamentos posteriores de la moral de Mencius, y los restantes pensadores orientales, son de una orientación religiosa definida.

En Grecia la moral escapa de los dominios de la religión y se entrega a la poesía; la religión aparece allí más como un adorno que como un dogma. La moral de Homero se reduce a estos principios iniciales: el heroísmo, la fidelidad en la amistad, el respeto a la vejez, la hospitalidad, la misericordia, la beneficencia y la frugalidad. De Hesíodo al estoicismo, se suceden en Grecia diversos fundamentos de la moral, hijos casi todos de la filosofía de la época. El progreso de la moral en este período es grande, y ya en los estoicos aparece el tipo nuevo de moral; el de la caridad y de la fraternidad humanas, pero entibiadas por la inflexibilidad y la rigidez con respecto a sí mismo, y el desprecio del placer y el dolor.

Entretanto, una pequeña tribu asiática elaboraba los fundamentos de la moral que por más tiempo habían de mantener su imperio sobre la humanidad: el pueblo hebreo. El legislador Moisés, en su decálogo, había establecido los principios de una moral religiosa, cuyos caracteres esenciales eran el de ser prohibitiva y externa, por una parte, y proscribir al extranjero por otra; el monoteísmo de este pueblo le aseguraba, ade-

más, una unidad perfecta, y era el resorte de su prolongación al través del tiempo. Y siendo esta moral casi exclusivamente externa, había de ser también antes material que espiritual.

Se completó en el cristianismo llegándose a la doctrina moral predestinada: de dolor, de consuelo, de clemencia; prescribe la inocencia y la simplicidad; el perdón y la indulgencia; sus fundamentos están en el amor, en la caridad y en la misericordia. El dios cristiano es, además del sumo poder, la perfección moral. Pero es también una moral de humanidad y de conformidad con la propia suerte: debe bendecirse la mano que oprime, y perdonarse la ofensa que abate; el castigo queda para la otra vida. Pero el arrepentimiento de última hora redime el pecado y así el castigo ulterior desaparece; entonces el pecado puede cometerse sin temor.

La moral cristiana, pues, sin desearlo, fortalece el poder y enpequeñece al hombre, lo modela para la humildad, el sufrimiento y la pobreza; no le enseña a defender sus derechos y a conquistarlos si es preciso, ni a preocuparse la felicidad; debía entonces dificultar el progreso de la humanidad y encumbrar las fuerzas, consecuencias que se advirtieron luego, bajo el imperio de la Iglesia, en la Edad Media. Pero es, en cambio, la moral de la igualdad.

La primera corrección del sistema moral cristiano aparece en la "Comedia" de Alighieri: el castigo para el pecado, es violento y sin piedad, sin piedad sobre todo. Los eminentes padres del saber humano están confinados en el lugar del dolor sin martirio del infierno, y de nada vale el infinito respeto que Dante les tiene ni el "Gran duelo" que lo trastorna ante tal desdicha. Ni se apiada de la desdichada Francesca, cuyo suplicio envidiable derriba de pena al gran poeta cuando escucha la génesis de su delito. La mansedumbre está proscrita de la Divina Comedia y bravamente castigadas la inercia y la cobardía moral.

La moral de Maquiavelo consiste en proclamar la excelencia de la virtud, siempre que su ejercicio resulte ventajoso para el hombre y la sociedad, y aconseja la violencia para conseguir el bien. Su doctrina es otra corrección a la moral que comentamos; combate el feudalismo como enemigo de la libertad, pues para él ésta nace solamente de la igualdad; la diferencia de clases no permite el progreso, y así combate a los señores feudales: "tali generazioni d'uomini—dice—sono al tutto nemici d'ogni civiltá". Y sostiene, finalmente, la imposición de esta moral de igualdad por cualquier medio. La mansedumbre y la conformidad, pues, han quedado muy lejos.

Dejemos a Hobbes; la moral continúa su marcha incontenible hacia la libertad. Para Leibnitz, la moral se funda en el derecho estricto, la equidad y la piedad. Dejemos también a Spinoza y Mallebrance y lleguemos hasta Kant. Su moral se asienta sobre el imperativo categórico de la razón práctica; proclama la finalidad del hombre en sí mismo y la autonomía de la voluntad; y establece que la moral debe ser el principio que promueva los actos humanos, y no el fin a que deban tender; su fundamento es el deber y solamente el deber; la virtud nacía de la razón y todo lo razonable era virtuoso; el hombre debía sujetarse a los mandatos de la moral, y cumplirlos sin examen; ¿qué era entonces de la libertad?

La moral de Fichte, exagerando más aún el carácter imperativo de la doctrina de Kant y la moral de Schopenhauer, fundamentaba exclusivamente en la clemencia; hé aquí los tipos más modernos del concepto de moral.

Según Alvarez, hemos dicho, el fundamento de la moral era la libertad: ningún acto que no fuera libremente realizado, sin temor a un castigo o en espera de una recompensa, podía ser moral; y si la libertad venía acompañada de virtud y saber, los actos morales

consecuentes serían encaminados hacia el bien general, que constituye la base del bienestar individual y colectivo.

Socialista, en cuanto el socialismo es una escuela de democracia y libertad, para Alvarez la libertad de la mente con la libertad en las acciones serían los principios de la moral y una moral organizada así, sobre la virtud y la sabiduría, hijas de la cultura pública, aseguraría el progreso de la humanidad y defendería la civilización de los vicios que la corrompen, apenas se la disfruta en la paz y en la tranquilidad. Este tipo de moral, finalmente, comprendería en sí el perfeccionamiento del individuo y la conservación de la especie, asegurándose entonces el cumplimiento de las leyes de la naturaleza que sólo a ellas contemplan.

Queda planeado, señores, el sistema filosófico de este gran pensador cuyo corazón superaba a su saber: ha llegado el momento de decirlo.

Agustín Alvarez, hombre virtuoso y ciudadano austero, el más humilde de los grandes por la tendencia democrática de tu espíritu y el más encumbrado de los demócratas por la pureza resplandeciente de tu alma:

Tú batallaste por el respeto de la dignidad humana, con tal pasión y denuedo, que los sentimientos humanos se sintieron purificados por la sola virtud de tu existencia.

El amor generoso que desbordaba en tu corazón por los débiles y los oprimidos, te aquilataba tanto como tu campaña por la emancipación de la mente y tu despego por todo sectarismo y bandería.

Fuiste para la cultura popular el campeón esforzado; para nosotros refugio cálido y consejo amigo; para todos ejemplo de fortaleza y bondad.

Tuviste por la amistad un culto tan fervoroso, que él solo habría bastado para proclamarte poseedor de todas las virtudes.

Adalid de la libertad, de la enseñanza pública y de la soberanía popular, fuiste para la Patria un hijo esclarecido y un factor principal de su grandeza futura.

Que la Patria te conserve en sus altares, en reconocimiento de tus méritos sin cuento y para ejemplo de sus pensadores y gobernantes.

NICOLÁS BESIO MORENO.

LA HERENCIA DE LA GLORIA

Si se pudiera calcular la parte de presunción, orgullo, vanidad, necesidad de todas clases, inclusive el abandono, que hemos derivado del paso de los Andes y de la expedición al Perú, resultaría, tal vez, que las glorias de San Martín han sido casi tan anestésicas para nosotros, como para España la de Carlos V y para Francia la de Napoleón I, en cuanto hemos usado las glorias pasadas como base del presente y garantía del porvenir, no cuidándonos de ser fuertes por ser descendientes de héroes. Para nuestros historiadores de bocacalle, lo único que no ha sucedido son nuestros inmensos desastres y nuestras interminables miserias.

Han olvidado sistemáticamente lo más instructivo.

Agustín Alvarez

AGUSTÍN ALVAREZ

El "Ateneo Popular", que se honró siempre con las altas inspiraciones y sabias enseñanzas de uno de los más grandes argentinos, ha sido el iniciador de los homenajes que las entidades que más honran al país han de rendirle en breve.

La desaparición del ilustre repúblico representa la pérdida de un factor importantísimo en la actual organización y consolidación de las enseñanzas y propagandas científicas y democráticas de la República, huérfana de hombres superiores.

Agustín Alvarez fué y será siempre en la memoria de los buenos un verdadero "Tratado de eficacia científica y de moral cívica", como no hay ejemplo igual en los anales argentinos.

Sus relevantes virtudes de ciudadano ejemplar, quedan en sus obras y en sus hechos, como irradiaciones luminosas, para guiar y orientar la juventud y las clases populares por los senderos de la libertad y la democracia.

En esta época de corrupción política y social, en esta terrible crisis de hombres de integridad moral y de valentía cívica, era indispensable la presencia de aquel gran maestro, demoledor científico de prejuicios y fanatismos de toda índole, para enseñar con la palabra y el ejemplo edificante, la verdad y la justicia, como emblemas que han de guiar la humanidad hacia nuevas épocas, donde triunfen la razón, la equidad y la justicia sociales.

En su reciente viaje por España, donde tenía grandes amigos como Altamira y Posada, tuvo oportunidad de conocer al sabio educacionista Manuel B. Cossio y al más sabio y más santo de la España nueva, don Fran-

cisco Giner de los Ríos, cuyas virtudes y talentos se complacía en relatar a sus amigos.

¡Que sus virtudes ciudadanas sean focos de radiante luz moral e intelectual para la juventud argentina y la humanidad entera!

MARTIN GARCIA.

PALABRAS DE ACTUALIDAD

Con sus once millones de indios y mestizos embrutecidos por el fetichismo católico, la ignorancia, el pesimismo, el fatalismo y el pulque, con sus trece millones y pico de habitantes, ociosos y viejos en su mayor parte, Méjico no produce lo que la improvisada Australia en un territorio más pobre, pues lo que hace la capacidad de los brazos no reside en los brazos ni en los fetiches milagrosos, sino en el cerebro y en el corazón del hombre mismo; y la China tiene tal sobra de brazos que hay parajes donde el trabajo de un hombre por semana cuesta diez centavos y las máquinas de vapor resultan inaplicables para la industria, porque la fuerza muscular del ser racional es más barata que el carbón, mientras en el Far West de la Unión Americana "los carruajes se alquilan sin cochero — dice Rousiers — porque este gentleman costaría más que el carruaje y los caballos".

Agustin Alvarez

Discurso del Dr. Juan B. González **en nombre de la Sociedad Científica Argentina (1)**

Señores:

Agustín Alvarez acaba de caer para siempre, cerrando el ciclo de su actividad espiritual y rindiendo sus despojos inanimados a la madre común.

Con la cabeza descubierta y ungido del sagrado respeto que inspiraron siempre en mi ánimo las almas sanas, vengo a expresar al ilustre pensador desaparecido, el homenaje de la Sociedad Científica Argentina y a traer de cada uno de sus socios la suprema despedida personal, impregnada del cariño y de la simpatía que él difundió a raudales para aproximar a los hombres y hacer más eficaz su acción.

No hay para qué decir que no soy la persona indicada para cumplir el deber de respeto y de admiración que merecían en esta oportunidad los prestigios de su espíritu superior. Empero, si mis méritos intelectuales son escasos para llenar la página que en nombre de la Sociedad Científica merece el que fué uno de sus grandes presidentes, vengan el tributo de cariño y de acendrada admiración que siempre cultivé por su talento y su honradez moral, y la representación que traigo para justificar la dolorosa misión que me toca llenar ante la tumba ilustre.

El paso de este luchador y de este maestro por el mundo ha sido breve, pero fecundo y ejemplar.

Salvados milagrosamente con su hermano gemelo el doctor Jacinto Alvarez, cuando apenas contaba 4 años de edad, tocóle llorar la pérdida prematura de sus padres, sepultados para siempre entre las ruinas de la gran catástrofe.

(1) Pronunciado en el acto de inhumación de los restos del Dr. Agustín Alvarez.

Así, huérfano de padres y de fortuna, lanzóse por el mundo animado del fuego sagrado de su voluntad de hierro y de su talento y bondad ingénitos. Recorrió un largo y áspero camino, apoyado siempre por su tierno y ejemplar amor fraternal y con el alma llena de fe. Así llegó a ingresar en la Escuela Militar, donde hizo una rápida y brillante carrera que le permitió luego dedicar sus aptitudes a otra más en concordancia con sus inclinaciones y con sus esperanzas.

Recibido de abogado en 1888, dedicóse de lleno a la lucha por la vida; político, funcionario, publicista, dejó por todas partes el rastro de su paso.

Militar distinguidísimo, jefe de policía en Mendoza, diputado nacional, candidato a gobernador de la misma provincia, vocal letrado del Consejo Supremo de Guerra y Marina, profesor de la Escuela Superior de Guerra y otros institutos superiores, vice-presidente fundador de la Universidad de la Plata, profesor y consejero de la misma, presidente de la Asociación Nacional del Profesorado, presidente de la Sociedad Científica, miembro de muchas instituciones europeas y norteamericanas, algunas científicas, otras filantrópicas, las más de carácter sociológico, pero de lucha activa todas, en todas ha dejado las huellas imperecederas de su genio superior, de su elevación de miras y de la honradez acrisolada de su acción.

Sus libros, que alcanzan a media docena, están llenos de ideas propias y de sanas y grandes enseñanzas. Sus artículos periodísticos que ilustraron las páginas de "Tribuna" y "El Diario", allá por los años 1890 hasta 1900 y de "La Gaceta" y de nuestro gran diario "La Nación" hasta hace poco, se hallan impregnados de sinceridad y rebosantes de raciocinio y de convicción.

Su acción contra el oscurantismo y la hipocresía la ha hecho sentir con toda la consecuencia y lealtad que caracterizaban sus convicciones en todos los cargos que ha desempeñado, donde además ha sentado normas nue-

vas y criterios racionales, sin claudicar jamás de su inmenso y noble espíritu de tolerancia, que, como inagotable cordial, difundíalo para mitigar todas las flaquezas humanas.

El calor de su sinceridad y de su amor a los hombres era tan grande, que su palabra en la tribuna como su verbo en la cátedra, parecía la continuación de la plática íntima en la cual debía enseñar a los suyos la gran práctica de ser bueno.

Su paso por el mundo se pareció a uno de esos fragmentos de astros que cruzan nuestra atmósfera para inflamar la parte noble de sus componentes y describir una estela luminosa que no solamente señala la línea de su curso, sino que también ilumina a distancia dejando en la retina una impresión de claridad y en el alma una sensación de grandeza.

JUAN B. GONZALEZ.

EL MAL ARGENTINO

“El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión”, decía Sarmiento. Pues bueno, los ferrocarriles han suprimido la extensión y unificado el país, y ahora **el mal que aqueja a la República Argentina, es la mentira**, y es necesario que trabaje sin punto de reposo hasta que logre emanciparse de esa detestable institución de South América, india por las tres cuartas partes y bárbara por las cuatro.

Agustín Alvarez



NOTAS EDITORIALES

**En homenaje á la memoria del
Dr. Agustín Alvarez**

El acto público del 25 de Junio

Fué un acto sencillo, sólo magnificado por la nobleza de la memoria honrada y la sinceridad del homenaje. Hallábase la sala del "Príncipe Jorge" totalmente ocupada y el público, compuesto por numerosas señoras, profesores, maestros y obreros, siguió con inteligente interés el desarrollo del programa.

Abrió el acto el presidente de la Comisión organizadora, doctor Joaquín V. González.

Su discurso, publicado en este número, fué una hermosa pieza oratoria; sedujo al auditorio, no sólo por la elegancia y la pureza de la forma, sino también por el intenso sentimiento que lo animaba, por la expresión altiva de ideas, que mucho difieren del común pensar. Y esas palabras sinceras supieron despertar numerosas veces el aplauso.

La secretaria de la misma Comisión, señorita Alicia Moreau, dió a conocer varias cartas enviadas por ilustres amigos de nuestro país, que lo eran también de Agustín Alvarez: Rafael Altamira, Adolfo Posada, Enrique Ferri, William Heaford, Leo S. Rowe, expresando el hondo sentimiento con que habían sabido la pérdida de ese preclaro espíritu, que tanto estimaban por sus raras virtudes y cuya desaparición deja un vacío difícilmente llenado.

Expuso cuál era el programa de acción que esa Co-

misión se ha trazado: publicación de un libro formado por pensamientos y observaciones tomados de las diversas obras de Agustín Alvarez, y erección de su busto en una plaza pública, y expresó la necesidad de que se hiciera efectiva y real la simpatía con que tantos habían acogido la celebración de ese homenaje.

Acto continuo, leyó el señor Ernesto Nelson el discurso inédito del doctor Agustín Alvarez: "El hombre y el árbol". (1) Esa lectura, sabiamente hecha, nos recordó tiempos pasados, que por desgracia jamás volverán, en que escuchábamos al inolvidable amigo cuando, con esa expresión y ese modo que le eran tan peculiares, decíamos, con especial realce, las observaciones que los hombres y las cosas le sugerían y las profundas y sutiles deducciones y las serenas enseñanzas impregnadas siempre de bondad, de optimismo, de fe en un porvenir de bienestar humano preparado por el trabajo, la ciencia y el amor de los hombres. Supremos bienes que, en él, fueron más que conceptos ideales.

Esa emoción, sentida intensamente, fué prolongada por la audición de los trozos de Rubinstein y Haydn, que con mucha maestría y sentimiento ejecutaron el doctor Juan Chiabra, señor Arrambide Guy y profesor José Cassiani, quienes, con suma gentileza, prestaron su curso, altamente apreciado por el público.

El profesor Alemany Villa, cuya presencia fué saludada con aplausos, declamó el "Responso a Verlaine", de Rubén Darío, "Jesús", de Ovidio Fernández Ríos, y "Rima sincera", de Emilio Carrère, con aquel arte consumado que hacen de él, y con justicia, "el enfant gaté" del público.

Terminó el acto el ingeniero Nicolás Besio Moreno con el erudito discurso que presentamos a nuestros lectores en estas páginas, en el que estudió la obra de Agustín Alvarez, desde el punto de vista filosófico.

A. M.

(1) Que publicamos en este número.

ATENEOPOPULAR

(Sociedad de extensión universitaria)

Secretaría: TALCAHUANO 417 (2.º piso)

BASES DE LA INSTITUCION

I. Queda constituida con el nombre de ATENEOPOPULAR, una asociación de extensión secundaria y universitaria.

II. Realizará sus fines por medio de conferencias de carácter general sobre temas científicos, literarios ó artísticos, por la organización de cursos, creación de bibliotecas, etc.

III. Quedará excluida de su acción toda tendencia dogmática, desarrollándola sólo de acuerdo con el espíritu científico de la Pedagogía moderna.

IV. La organización de los cursos y conferencias quedará á cargo de una comisión constituida por un secretario general, un pro secretario, un tesorero y ocho vocales, nombrada en asamblea general, y durará un año.

Buenos Aires, Octubre 15 de 1910.

EL ATENEOPOPULAR publica la revista HUMANIDAD NUEVA, de sociología, arte y educación.

La cuota mensual es de un peso, teniendo los socios el derecho de recibir la revista.

COMISIÓN DIRECTIVA

Secretario general: *José A. Mouchet.*

Pro-secretario *Mario Tirone.*

Tesbrero: *Armando Moreau.*

Vocales: *Martín García, E. del Valle Iberlucea, Margarita Curto, Raquí Camaña, H. M. Levylier, Pascual Mediano, Alejandro Mantecón (hijo), Alicia Moreau.*

ATENEO POPULAR

(SOCIEDAD DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA)

Secretaría: TALCAHUANO 417 (2o. piso)

CURSOS

1914

- Sr. San Giovanni.**—*Anatomía y Fisiología.*—Estados Unidos 1056: Jueves 8.30 p. m.
- Ing. Justo Pascali.**—*Interpretación de la Física.*—Club Juan B. Alberdi, Santa Fé 1235.
- Prof. Ricardo Calatroni.**—*Biología.*—Biblioteca Florentino Ameghino: Viernes a las 8.30 p. m. (quincenal).
- Ing. R. Rodríguez de Vicenté.**—*Geología.*—Biblioteca Carlos Marx, General Urquiza 1820: Miércoles a las 8.30 p. m.
- Prof. A. Casacuberta.**—*Economía Política.*—Biblioteca Alberto de Diego, Dean Funes 1377: Miércoles a las 8.30 p. m.
- Dra. Alicia Moreau.**—*Problemas de Higiene Social.*—Biblioteca Gabriela L. de Coni, Esquiú 959: Domingo a las 3 p. m.
- Dr. Walter Sorkau.**—*Introducción a la Química.*—Instituto Nac. del Prof., Valentín Gómez 555: Jueves a las 9. p. m. (mensual).
- Prof. A. Aprile.**—*Taquigrafía.*—Biblioteca Emilio Zola, Ramón Falcón 2761: Viernes a las 9 p. m.
- Prof. Alberto Palcos.**—*Psicología.*—Federación Gráfica Bonaerense, Estados Unidos 1056: Lunes a las 8.30 p. m.
- Dr. José A. Mouchet.**—*Historia Contemporánea.*—Federación Gráfica Bonaerense, Estados Unidos 1056: Lunes a las 9 p. m.
- Alejandro Manfrecón (hijo).**—*Evolución Social Argentina.*—Instituto Argentino de Artes Gráficas, Jueves 8.30 p. m.
- Ing. M. H. Levylier.**—*Luz, su uso y abuso.*—Conferencia.
- Ing. E. Revuelto.**—*Conferencias dominicales sobre el Arte.*—Museo Nacional de Bellas Artes.
- Sr. Mario Tirone.**—*Contabilidad y Aritmética.*—Rivadavia 8623. Martes 9 p. m.
- Prof. Sr. Camilo L. Duceo.**—*Introducción a la Química.*—Federación Gráfica Bonaerense, Estados Unidos 1056: Lunes a las 8.30 p. m.
- Sr. Ernesto León O'Dena.**—*Nociones de Sociología.*—Local de los Bomberos Voluntarios de la Boca—Brandzen.